

ENSAYOS POÉTICOS
DE
ANDRÉS BRIEVA.

SOCHA,

IMPRESORTA DE DON SATURNINO PEÑA.

1875.

SS
60-1
ERI
ns



ENSAYOS POÉTICOS.

B.P. de Soria



61050527

SS 860-1 BRI ens

SS
860-1
BRI
ens

~~Y todo lo que~~
~~debe de ser~~
~~debe de ser~~
~~debe de ser~~
~~debe de ser~~

Es propiedad de su autor.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

R. 33786

ENSAYOS POÉTICOS

DE

ANDRÉS BRIEVA.

PRECIO: DIEZ REALES.

SORIA:

—
Imprenta de D. Saturnino Peña.

1875.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1911

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

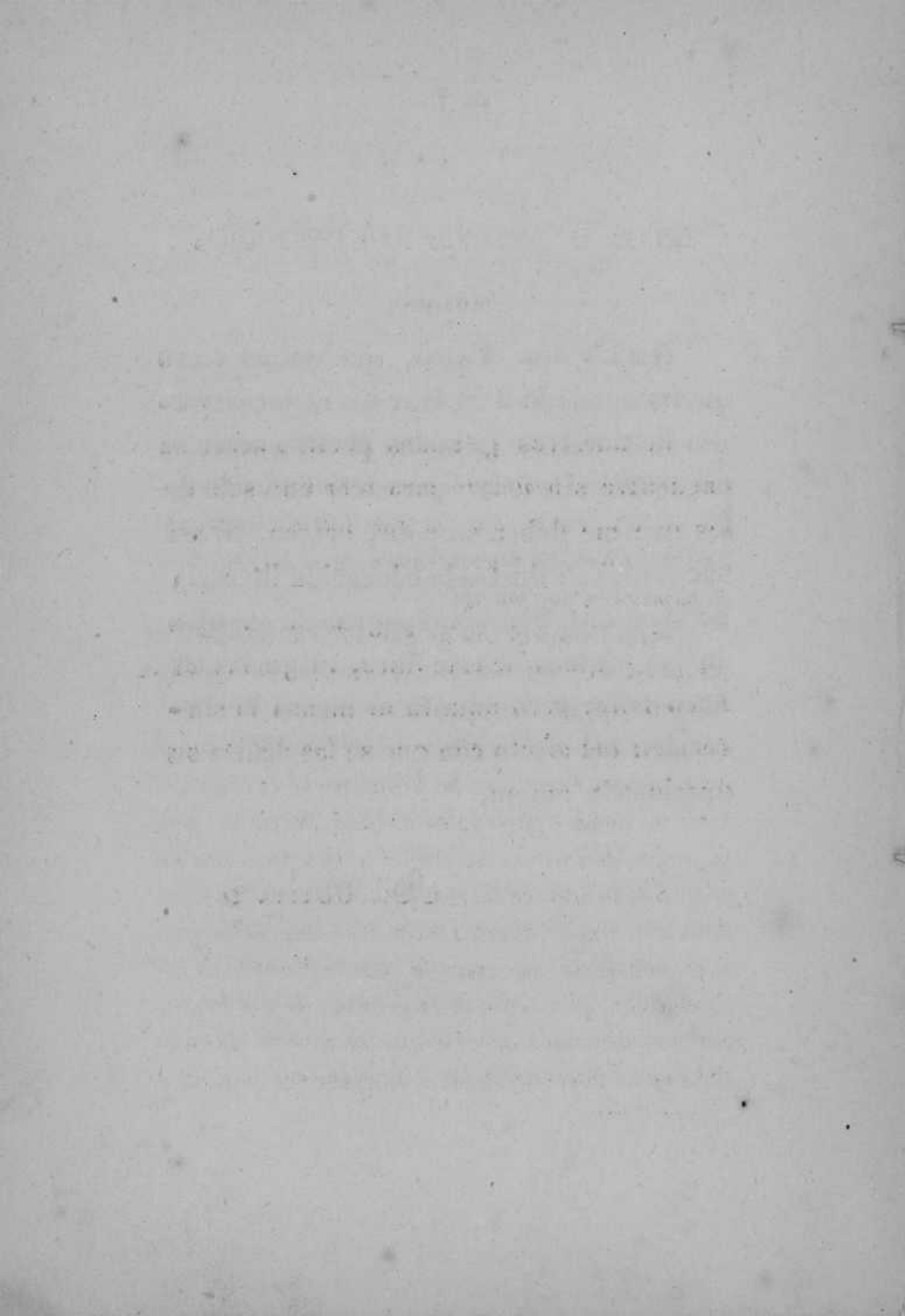
THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

AL SR. D. ANTONIO JOSÉ CARACUEL.

AMIGO MIO: Usted, que tantas veces me ha ayudado á recitar los mejores versos de nuestros grandes poetas, acaso se encuentre sin *valor* para leer uno solo de los que me deben su pobre origen. Si así sucede, si su ilustrada educacion literaria no le permite fijar sin repugnancia sus ojos en las páginas de este libro, rásguelas en buen hora; pero admita al menos la sinceridad del afecto con que se las dedica su apasionado amigo,

A. Uriebe.





PRÓLOGO.

Las reiteradas instancias de mis amigos me han decidido á publicar la presente coleccion de renglones desiguales, que yo por iniciativa propia nunca me hubiera determinado á sacar del empolvado pupitre en que yacian.

Seguro estoy de que la aparicion de mis pobres versos en el mundo literario será tan perfectamente recibida por mis amigos como execrada por las Musas, cuya sagrada inspiracion he intocado siempre inítilmente. Pero como mi propósito no es el de exhibir mi nombre para optar al titulo de poeta, que yo propio declaro no merecerle; ni mucho menos ha presidido la idea de lucro á la publicacion de estos ENSAYOS, sinó la de satisfacer los deseos de los que, honrándome con su amistad, han solicitado la reproduccion, por medio de la prensa, de mis humildes composiciones, no creo que las NUEVE HERMANAS hagan descender desde el PARNASO sus iras sobre mi pobre libro.

Adivino, lector, la objecion oportunisima que se te ocurre y voy á refutarla.

¿Por qué, dirás, si únicamente el deseo de complacer á tus amigos, y no el de buscar gloria ó dinero, te indujo á esta publicacion, por qué nos cuesta diez reales el leer tus ENSAYOS POÉTICOS? ¿No teníamos derecho, los que de amigos tuyos nos preciamos, á leerlos grátis? — Si. — Luego tú buscas dinero, á mí no me engañas.

Pues bien, lector querido, estás en un error. Yo no busco dinero; lo que he buscado únicamente ha sido el medio de no plagiar á aquel célebre sastre, de quien se cuenta que solia obsequiar á sus parroquianos con un espléndido buffet, despues de haberles regalado los trajes que vestian. Por este motivo, toda vez que mi posicion metálica no me permitia hacer desembolso alguno para repartir entre vosotros mi libro á la manera que el sastre sus vestidos, recurri al sistema de suscripcion, que juzgué el más oportuno, por dos razones: la primera para conocer el número de amigos con que contaba, y la segunda por saber positivamente si iba ó no á ser en mi pleito condenado en costas.

Con satisfaccion confieso que el resultado de la suscripcion ha excedido con mucho á mis esperanzas, pues en la lista de suscritores, que figura al fin de éstas páginas, se hallan incluidos los nombres de

mis amigos más predilectos y los de los más predilectos amigos de mi familia, habiéndome unos y otros prodigado las más lisongeras, aunque inmerecidas alabanzas, al solicitar, ya verbalmente, ya por escrito, un lugar en la mencionada lista. Reciban todos ellos el sentimiento de mi gratitud que desde aquí públicamente les envío.

Y volvamos á tu objecion, lector carisimo.

Una prueba de que nunca he pensado lucrarme á costa de tu dinero es que, al hacer la impresion de mis ENSAYOS POÉTICOS, he dispuesto que el número de ejemplares no exceda al de suscripciones sino en cuanto sea indispensable para atender á los compromisos de familia y á las reclamaciones de los que, por un olvido involuntario ó por no haber recibido mi carta-prospecto, circulada en 25 de Enero último, no figuran entre los suscritores y pudieran tener, como tú, el capricho de leer mis pobres versos.

Por otra parte no he escatimado medio para que la impresion saliera todo lo mas limpia posible, dadas las condiciones de la localidad en que nos encontramos; y esto te probará tambien que no ha entrado jamás en mis cálculos el hacer cuestion de negocio la publicacion de este libro.

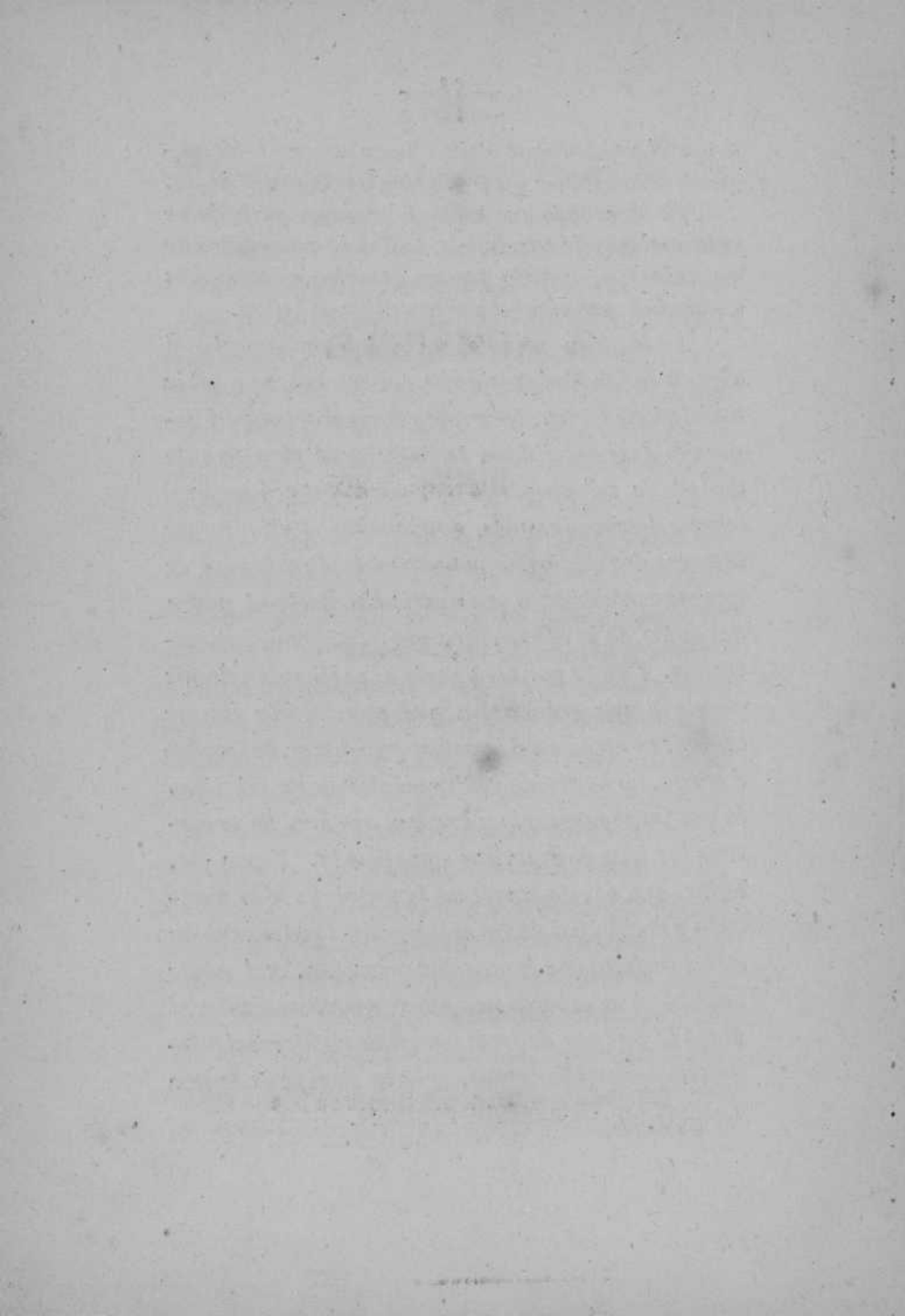
Te considero suficientemente convencido en este punto y voy á decirte dos palabras respecto á la disposicion de mi pequeña obra.

Mucho tiempo y muchas cavilaciones me costó el decidirme á tomar la determinacion de publicar estos ENSAYOS; pero una vez resuelto á ello, pensé en el medio de llevarlo á cabo con la mayor lucidez; á cuyo fin recorri en la memoria las muchas publicaciones de esta indole que he tenido á la vista, para adaptarme á aquella que más pudiera satisfacer mis deseos. Si he de ser franco, poca ó ninguna diferencia hallé entre unas y otras, por lo que fué de escasos resultados la visita poético-bibliotecaria que practiqué dentro de mi cerebro. Lo esencial de la variacion consistia en la clase y dimensiones del papel empleado en el libro, y del método seguido para la insercion de las composiciones. En cuanto al primero, es decir, en cuanto al papel, he procurado que fuera de lo mejorcito, y se empleará en esta forma, que juzgo conveniente para el caso; y en cuanto al segundo, ó sea el método de distribuir las composiciones, no lo he estudiado. Empecé por buscar versos y hallé fechas, y esto me decidió á insertar aquellos por el riguroso orden cronológico con que habian sido escritos por primera vez, creyendo evitar de este modo la monotonia que suele resultar de la continuada lectura de composiciones del mismo género. Hice solo una excepcion con el Juguete cómico, que podrás leer en las últimas páginas, que, siendo anterior su origen al de otras muchas composiciones,

ocupa sin embargo el último lugar por ser la de mayores dimensiones y ser también de género distinto.

He observado que todas, ó la mayor parte de las publicaciones de esta índole, suelen ir precedidas de un PRÓLOGO, escrito por un literato de reconocida autoridad, que viene á ser la crítica del libro.

Yo también pensé en un principio molestar á alguna de las Eminencias literarias, con cuya sabia amistad me honro, para que proveyera de aquel requisito á mi desaliñado trabajo; pero bien pronto desistí de mi propósito por no obligar á nadie á mentir descaradamente, prodigando á mis versos inmerecidos elogios, ó ponerle en el duro trance de que me contestara lo que aquel otro poeta al padre del autor de la célebre luna que salía vomitando estrellas. Y como por otra parte la publicación de mis versos es una publicación que pudiéramos llamar casera, en atención á la causa por que se ha llevado á efecto, no he creído indispensable para mi libro lo que juzgo necesario para los que han de arrostrar las iras de la crítica apasionada. Y por fin, lector, que de esta suerte me lo habré yo toda amasado y cocido y á nadie más que á mí podrás culpar de los bostezos que te ocasione mi obrita, y á nadie más que á mí deberás un rato de entretenimiento, si tengo la fortuna de que te parezcan regulares siquiera mis execrables versos, y tú la paciencia de leer hasta el fin mis ENSAYOS POÉTICOS.





Á NUMANCIA.

HIMNO. (1)

CORO.

*Salve, salve, la antigua Numancia,
prez y orgullo del suelo español,
el asombro de Europa y del mundo
y de Roma el azote y horror.*

VOZ.

Ved la ciudad heroica,
ved la excelsa Numancia
sufrir con arrogancia,
hambrienta perecer.
Ciudad que antes que verse
á Roma sometida,

(1) Puesto en música por el maestro D. José Patrocinio Braña.

antes que ser vencida
quemada quiso ser.

Salve, salve, etc.

Scipion Emiliano
encierra al Numantino
en círculo mezquino,
vencer creyendo así.
De víveres le priva
y en su traicion al cabo
le obliga á ser su esclavo
ó á sucumbir allí.

Salve, salve, etc.

Allí Megara, triste,
consulta á sus soldados
que quedan alarmados
con tanta crueldad.
Y entónces, todos juntos,
sus fuerzas agotando,
perecen, pruebas dando
de su heroicidad.

Salve, salve, etc.

Aquí se alza una hoguera,
allí se arremolinan,
los padres se asesinan,

los hijos matansé.
Allá se vé una madre,
en su dolor sumida,
arrebatar la vida
al mismo á quien dió el sér.

Salve, salve, etc.

Intrépido Megara
blandió puñal en mano
y al frente de Emiliano
sucumbe con valor,
diciendo al enemigo:
*entrad, que ya las puertas
de la ciudad, abiertas
están al vencedor.*

Salve, salve, etc.

Entró Scipion entónces
en la ÚNICA Numancia,
y vióse su arrogancia
casi desfallecer;
pues en lugar de láuros,
que ansioso ambicionaba,
tan sólo se encontraba
cenizas por do quier.

*Salve, salve, la antigua Numancia,
prez y orgullo del suelo español,
el asombro de Europa y del mundo
y de Roma el azote y horror.*

EN LA PRADERA, AL AMANECER.

A HERMINIA.

Vén, vida mia, que aquí
con libertad se respira;
aquí nacen los placeres,
aquí nacen las delicias.

El ruiseñor, que en la copa
de aquel álamo se anida,
con sus armoniosos trinos
su felicidad predica.

El manso arroyo que allí,
entre rocas se desliza,
con la tranquila corriente
de sus aguas cristalinas,
nos dice que en torno suyo
la felicidad habita.

Las ovejuelas, que están
de aquese monte en la cima,
con impacientes balidos
llamando al astro del día

y dóciles al silbido
del hombre aquel que las guía,
¿no están diciendo cuán grande
y cuán inmensa es su dicha?

Y aquéllos frondosos árboles
que nada en el mundo envidian,
y cuyas hojas se mueven
agitadas por la brisa
ó impelidas por el peso
de la canora avecilla,
que posada en una rama
espera al cercano día
cantando himnos de alabanza
que al Sér Supremo dedica,
¿no dicen bien claro, hermosa,
que es muy felice su vida?

Y en fin, las aéreas nubes
que en el espacio se admiran,
tomando hermosos matices
y muy diferentes tintas,
debidas á que los rayos
del sol en ellas se fijan
para traspasarlas luego
y dar luz á la campiña,
¿no muestran en su camino
el camino de la dicha?

¡Oh, sí! Todo es aquí hermoso,

todo es paz, todo alegría;
todos son aquí felices,
todos..... menos yo, alma mía.
¿Y has de consentir, cruel,
tú, que eres mi única vida,
al ver gozar á los otros
dejarme á mí en la agonía?
¡Ah, no puede ser, no, no!
Esta verde alfombra mira,
vuelve tus rasgados ojos,
vuélvelos y en mí los fija.
Deja que yo con mi brazo
tu leve cintura ciña
y en tus coralinos lábios
un beso de amor imprima.
Y al par que el dulce murmurio
de las aguas cristalinas,
al gorgear de las aves,
al susurrar de la brisa,
esclama conmigo, hermosa:
¡ah! cuán feliz es la vida!

EL ÚLTIMO SUSPIRO

DE UN RUISEÑOR.

A orillas del Manzanares
los cantares
escuché de un ruiseñor,
que en mil quejas prorumpía
porque huía
de él la prenda de su amor.

Vuela de una en otra rama,
se encarama
á la que más alta vé,
la vista en torno tendiendo
y siguiendo
á la que su amada fué.

Y al mirar su compañera,
que ligera
vá de las nubes en pós,
con un piar lastimero,
su postrero
le envía, el último adios.

Más en vano, que su eco
por el hueco
de los aires se perdió,
y este adios tan amoroso,
cariñoso,
su adorada no le oyó.

El cáliz de la amargura
triste apura
sin dejar de gorgear,
cuando vé que su querida
vá enseguida
el horizonte á cruzar.

Entónces quiere seguirla
y pedirla
que le devuelva su amor;
pero al emprender su vuelo
en el suelo
desalentado cayó.

Así el hombre que su seno
de amor lleno
le presenta á una mujer,
se vé un dia despreciado
y entregado
á continuo padecer.



EL DÍA 1.º DEL MES DE MARZO. (1)

Á MI QUERIDA MADRE.

El primero de Marzo!... Qué mal suena
á mis oídos esta fecha, cielos!

Qué recuerdos se agolpan á mi mente
que me infunden temor, respeto, miedo!

Cómo se turba el pensamiento mio
cuando esta fecha de dolor recuerdo.

.....
Qué noche aquella tan cruel, Dios santo!

.....
Hermoso azul nos presentaba el cielo:
pálida luna de argentinos rayos
su luz prestaba á un solitario pueblo.
Todo ofrecía paz, todo ventura,
todo era calma allí, todo silencio.

(1) Esta composición la hizo el autor en el aniversario de una desgracia ocurrida á su madre el 1.º de Marzo de 1863, en Almajano, pueblo de la provincia de Soria, y de cuyas resultas quedó imposibilitada del pié derecho.

Pero ¡ay de mí! ... cual rápida tormenta
á aquella dulce calma sucediendo,
un simulacro á despertarles vino
del ensueño fatal en que cayeron:
un simulacro horrible, desastroso,
patético, cruel, triste, sangriento.

Fué la casualidad..... fué la desgracia
que á la inocencia por do quier siguiendo,
obró sobre ella, pero obró de un modo
miserable, raquíico, perverso.

¡ Pobre madre de mi alma! ... Fué mi madre
la que sufrió de la desgracia el sel'o.
Fué mi madre que, amante cual ninguna
de velar en los últimos momentos
á aquellos infelices que su alma
devuelven al Señor del universo,
sus cuidados prestábale á una enferma
cuya existencia iba á finar muy presto.

En esto estaba, cuando siente ruido,
y ayes, y quejas y dolor acerbo,
que al par que los minutos sucedíanse
llegaban á tomar nuevo incremento.
Quiere su caridad hacer patente;
entónces deja el moribundo lecho
y al del combate sitio veloz corre
para prestar allí paz y consuelo.

¡Ay! que nunca, jamás hubiera ido
á un sitio para ella tan funesto.

Allí fué donde su cruel destino,
su fúria contra ella sacudiendo,
presa la hizo del dolor que hoy día
resignada sufrir la estamos viendo.

Si, sí, allí mismo fué!... aún me parece
que ante mi vista el simulacro tengo.

Allí estaba mi madre; en torno suyo,
oyendo sus palabras de consuelo,
en confuso tropel se divisaban
los habitantes todos de aquel pueblo.
A su derecha, — ¡circunstancia horrible! —
un instrumento vil, arma de fuego
que, impelida tal vez por el acaso,
á la ley de la inercia obedeciendo
y de la gravedad, fué presurosa
el contacto á sufrir de áspero suelo.

Entónces vióse entre confusos ayes,
entre tristes gemidos y lamentos,
el resplandor del fuego al anunciarse,
del proyectil se percibió el estruendo
al salir del cañon en que oprimido
las paredes del mismo le tuvieron.

Todos quedaron mudos; no acertaban
la causa á comprender de tal suceso.

Mas salieron por fin de su letargo,
la vista en torno rápidos tendieron
y un grito de dolor, ¡*cielos!* se escucha,
que se fué repitiendo por los ecos.

¡Muerta! dicen los unos, y los otros
tambien en ese estado la creyeron.
Pero ella firme, varonil, resuelta,
su dolor olvidando, hizo un esfuerzo
para mostrar al público impaciente
su semblante simpático, risueño.

¡Glória, alabanza á Dios! fué solo el grito
que pronunciaron todos los acentos.

Entónces se apresuran á cogerla
en sus brazos, condúcenla á su lecho
y en direcciones mil, apresurados,
marchan los hombres á buscar los médicos.

Llegan y la examinan presurosos
de la médica ciencia los profesos
y se ocupan con mucha inteligencia
en la extraccion del proyectil cruento.

Confiesan ser operacion horrible,
pero á mi madre no le impuso miedo:
ni un ¡ay!, ni un movimiento, ni un gemido,
mientras la operacion apercibieron,



ni un grito de dolor, por más que estaba
en su rostro pintado el sufrimiento.

.....

Pasó aquel día, y otro, y otro y otro,
y trás aquel pasaron ciento y ciento;
la curacion fué lenta, pero en cambio
los dolores más fuertes, más intensos.

Todavía ¡ay de mí! madre del alma,
te agobian los crueles sufrimientos;
todavía contéplote, sentada,
sufriendo del martirio el grave peso,
y sin que pueda tu deseo grande
producir voluntarios movimientos.

¡Y cómo no llorar, madre querida,
cuando recuerdo tan fatal suceso?
¡Cómo no maldecir del mês de Marzo
el día inaugural, día primero?
¡Cómo no ...?—Pero basta, no calumnie
el nombre sacrosanto del Eterno,
que Dios es justo y por los justos vela,
y á los que como tú, sí, le sirvieron
con santa abnegacion, santa nobleza,
ÉL les concede el merecido prémio.

A LA MEMORIA

DE MI QUERIDO AMIGO EL JÓVEN CAPITAN
D. JUAN PEDRO IBARRA, MUERTO DESGRACIADA-
MENTE EN LA CAMPAÑA DE SANTO DOMINGO.

Qué es esto, cielo santo?
Qué ideas son las que á mi mente asaltan?
Por qué me entrego al llanto?
Por qué en mí se levantan
pensamientos crueles que me espantan?

Por qué el azul del cielo
se muestra hoy á mi vista encapotado?
Por qué tupido velo
mi mente ha enagenado
y me incita á sufrir desesperado?

Por qué?...—La vista tiendo
y miro en derredor la muerte fría.
Ya todo lo comprendo;
comprendo mi agonía
ya comprendo el dolor que me afligía.

Sí, sí; veo la muerte
correr á tí, Juan Pedro, en tí cebarse;
dejar tu cuerpo inerte,
con tu sangre saciarse
y en mi desolacion fiera gozarse.

Tú, de tu patria amante
su honor salvar queriendo y sus blasones,
te lanzas arrogante
en pós de los pendones
que guarnecen castillos y leones.

Llegas; tu valentía
poner á prueba sin cesar pretendes:
se entabla la porfía,
tu heroismo comprendes
y con valor tu pátria y rey defiendes.

Pero ¡ay! tu mala estrella
te persigue tenaz; adverso sino
tu valor atropella,
y en medio tu camino
pone inmediato fin á tu destino.

Mortífera una bala
atraviesa tu cuerpo, le aniquila;
tu planta ya resbala,
tu humanidad oscila
y cae sobre la arena muy tranquila.

Entónces se enfurece
el ánimo español con tu derrota;
de la sangre que crece
y de tu cuerpo brota
venganza está clamando cada gota.

Y hallará la venganza,
que tu muerte venganza necesita:
muere con esperanza:
de tu muerte inaudita
la venganza por Dios está prescrita.

Moriste; mas tu muerte
ha sido muerte cual ninguna honrosa.
Yo, por tu aciaga suerte,
verteré cariñosa
lágrima de dolor sobre tu losa.

Pero á tí, qué te importa
presa haber sido de cruenta saña?
Tu vida ha sido corta,
pero, en premio á tu hazaña,
tu alma la guarda Dios, tu nombre España.

Á UNA COQUETA.

No te engrías con los triunfos
que conseguiste, mujer:
no des pávulo á la risa
ni rienda des al placer.
Que si hoy tu hermosura es mucha
mañana no la tendrás,
y cuando la hayas perdido,
mujer *coqueta* ¿qué harás?

LAS DOS JOROBAS.

Se encontraron frente á frente
dos señores corcovados;
el uno *chepa* postiza
llevaba, y el otro, ¡diablo!
más agarrada que el tronco
que hondas raíces ha echado.

Sucedió que el mozalvete
en realidad jorobado
sacudió en el promontorio
del otro un grande porrazo;
viniendo por consecuencia
natural la jiba abajo.

Al momento con la suya
quiso hacer él otro tanto,
pero estaba tan pegada
como la suela al zapato.

*Así el amor que prendido
por momentos sólo ha estado,
el más pequeño incidente
es bastante á disiparlo.*

*Pero el que tiene raíces
y es amor de esos..... VOLCÁNICOS,
no hay sucesos en el mundo
que basten para arrancarlo.*

SERENATA.

Sal, vida mia,
sal al balcon
á oír las cuitas
de un trovador.

Amando vive,
fuego es su amor,
voraz la llama
de su pasión.

Gime, y su pena
no calma, no;
calmarla puede
sólo tu amor.

Por eso puesto de hinojos, niña,
hoy á tus rejas se acerca, sí;
implora ciego tu amor, y pide
que hagas dorado su porvenir.

Como el insecto
ama la flor;

cual ama el hombre
la luz del sol;
cual su rebaño
quiere el pastor,
del mismo modo
té adoro yo:

Y en tí confía
mi corazón
hallar la dicha
conque soñó.

No mis desvelos, niña preciosa,
pagues injusta con tu desden:
ámame, hermosa, cual yo te adoro
y de este modo feliz seré.

Á UNA ROSA.

Dichosa tú mil veces,
oh, rosa nacarada,
que límpida floreces
y bella en el jardín.
Dichosa, sí, dichosa,
que gozas de hermosura,
que vives orgullosa
del mundo en el confin.

Tú formas las delicias
de revoltoso insecto
que imprime sus caricias
en tí con dulce afán.
En tí la mariposa
ufana y engreída,
alegre y caprichosa
la vemos reposar.

El céfiro te mece:
la brisa juguetona

en tí dejar parece
su ambiente sonreír.
Las aves tu hermosura
bendicen con sus trinos,
apenas la natura
tu cáliz deja abrir.

Admirante los séres
del universo todo,
al contemplar que eres
la más gallarda flor.
Admiran de tus galas
la cándida belleza
y el puro que tú exhalas
perfume embriagador.

Las damas más hermosas
de tí guirnaldas tegan,
queriendo así, orgullosas,
su testa coronar.
Y formas sus hechizos
cuando, coquetas ellas,
te mezclan en sus rizos
que logras adornar.

Y cuántas veces, rosa,
serás mudo testigo
de alguna venturosa,

volcánica pasión!
Oh, cuántos á tu lado,
de amor el pecho henchido,
habrán, rosa, gozado
momentos de ilusión!

Y tal vez mi adorada
irá, en tus bellas hojas,
oh rosa nacarada,
sus besos á estampar.
Y apenas deliciosa
en tí selle sus labios,
á mí verásme, rosa,
tus pétalos besar.

EPÍGRAMA.

A una mujer, que tomaba
los libros por compañía,
le preguntaron un día
con qué autor más consultaba.
Y ella, que era una mujer
adicta á francesas plumas,
dijo: Yo *duermo* con *Dumas*
despierto con *Lemercier*.

LAS VISITAS DE ETIQUETA,

Una de las muchas cosas
que me aburren y me apestan
son las *visitas*, lectores,
que llamamos *de etiqueta*.
—Estoy faltando, decimos,
con la señora..... *Marquesa*,
con la señora..... *de Tal*,
ó la señora..... *Cualquiera*.

Pues no hay remedio, es preciso
desechar nuestra pereza
y..... *cumplir*, que es una falta,
sinó *cumplimos*, inmensa.

Principie usted por ponerse
otra camisa, aunque aquella
que lleva usted puesta haga
un minuto que la lleva.

Vista usted *de punta en blanco*,
como la ocasion lo ordena,
y póngase usted por último
unas botas que le aprietan

y le hacen poner la cara
á *uno* como ánima en pena.

Échese usted á la calle
de *Alcalá*..... ó de la *Montera*,
ó á otra de las muchas que hay
en Madrid tan pasajeras,
y verá usted el *purgatorio*
aunque su gusto no sea,
pues por la izquierda le pisan,
y le pisan por derecha
y con tantos pisotones
los *callos* de usted revientan.

Sufra usted mil apretones
y otras mil impertinencias
hasta que al término, en fin,
de su caminata llega.

—Tilin, tilin!...

—Anastasio:

salga usted á abrir la puerta.

—Voy, señora. (*Abre el ventano.*)

—Mi señora, la Condesa
de *Meapestas*, está en casa?

—Sí, señor; en esta *pieza*.

Y después que le ha anunciado
y de que entre le hacen señas,
penetra usted en la estancia,
descubierta la cabeza,

haciendo mil gerigonzas,
y saludos y simplezas.

—Condesa, á los piés de usted

—*Fulano!* Mucho me alegra
verle por esta su casa.

Tome usted asiento. (*Se sientan.*)

Y hablan el uno y el otro,
y en preguntas y respuestas
trascurren *doce* minutos
porque nunca á *quince* llegan.

—Si usted me dá su permiso
me retiraré, Condesa.

—Cuando usted guste, *Fulano*.

(El *lacayo* abre la puerta.)

—Estoy á los piés de usted.

—Adios. Recuerdos á Petra.

—Los apreciará muchísimo;
mil gracias. Adios, Condesa.

Y usted se marcha contento
y ella se queda contenta;
usted porque la ha dejado
y ella porque usted la deja.

Resúmen: Incomodado
el que visitar intenta,
que incomodidades son,
y muy grandes, y muy nécias,
las que siempre traen consigo
las visitas de etiqueta.

LETRILLA.

Hombre que andando en garitos,
y en trifulcas y en quimeras,
arma siempre *peloterías*
por raquíuticos delitos;
y que al compás de los gritos
hundir sabe la navaja
en aquel que le aberrincha,
ese..... pincha.

Médico que al hospital
vá de la autopsia encargado,
y á algun pobre que ha finado
el cuerpo le abre en canal;
y que luego, bien ó mal,
el corazon le deshace
por buscar la arteria *aorta*,
ese..... corta.

Cirujano sangrador
que, empuñando la lanceta,



abre al enfermo una *grieta*
para calmar su dolor;
y que luego, con primor,
sobre la herida le pone
la venda á guisa de *cincha*,
ese..... pincha.

Hombre sin ocupacion
que tiene el maldito vicio
de *criticar* por oficio
con razon..... ó sin razon;
que su léngrua ó *aguijon*
en todo el mundo se ceba,
aun cuando nada le importa,
ese..... corta.

Y pollo á la poesía
entregado, y á recreos,
y á visitas, galanteos
y alguna otra tontería;
y que tiene la manía
de hablar mucho, aunque no sabe
los disparates que aborta,
ese..... ni pincha..... ni corta.

OTRA.

Si un *pollo*, niña
llega á tu lado
y apasionado
te finge amor;
se echa á tus plantas
y luego, ufano,
besa tu mano,
díle que nó.

Si en los teatros
algun sugeto
te hace el objeto
de su pasión;
y con descaro
por tí suspira
cuando te mira,
díle que nó.

Si vás á bailes
y tu pareja

te habla á la oreja
siempre de amor;
mas que, al hablarle
de casamiento,
huye al momento,
dile que nó.

Si algun *Tenorio*
por tí enloquece
y *oro* te ofrece,
no corazon;
que sólo quiere
comprar tu vida,
niña, enseguida
dile que nó.

Pero si alguno,
sea quien fuere,
cual yo te quiere
con frenesí;
y ansioso busca
la *Vicaria*,
á ese, alma mia,
dile que sí.

EL FLACO DE MI VIDA.

Nací, lectores, en Sória,
célebre..... por su *manteca*,
sin que yo pueda deciros
cómo ni de qué manera.

El cura que bautizóme
tuvo la santa rareza
de ponerme *Andrés* por nombre,
y *Corsino* por más señas,

Mi madre fué una mujer,
y mi padre un hombre fuera,
y tuve hermanos *varones*,
y he tenido hermanas *hembras*,
y del uno y otro sexo
tengo larga parentela.

Mi estrella..... ni ha sido mala.....
ni ha sido tampoco buena,
ni tuve grandes placeres
ni he tenido grandes penas,
ni horas de tristeza suma
ni horas tampoco risueñas.

Pasé mis años primeros
en todas esas simplezas
que acompañan á la infancia
en sus épocas primeras.

Cuando ya era *mayorcito*
me llevaron á la escuela,
y siempre más que el *maestro*
me gustaba la *maestra*;
lo cual es prueba, lector,
de que en toda mi existencia
mucho más que á los varones
tuve afición á las hembras.

Después de que me enseñaron
aquellas primeras letras
fui á la *segunda enseñanza*,
trás de mayores ideas.
Y cuando mi profesor
declinar nombres me hiciera
siempre al de *mulier, mulieris*
le daba la preferencia;
y cuando estudiaba historia
y sus nombres recorriera
siempre mejor que á *Fernando*
recordé á *Isabel* primera.

Así de mi vida un lustro
pasé, no sin que existieran
cuatro *blancas*, cinco *rúbias*,

doce ó catorce *morenas*,
seis de *gigante* estatura,
diez de estatura *pequeña*,
y aun algunas cuantas más
mujeres así..... *de mezcla*,
que trastornada mi mente
y mis sentidos trajeran.

Quise después á Madrid
otorgarle mi presencia,
y me trasladé á la Côte,
donde *sigo una carrera*,
que si tiene porvenir
lo tiene oculto de veras;
pero tal fué mi capricho
y el capricho se respeta.

Yo, jóven y aficionado
como ninguno á las bellas,
siempre presté á las mujeres
más atencion que á las letras.
Y cuando llegué á Madrid,
el ver tantas..... tantas hembras.....
Aun cuando fueran *demonios*
no me parecían feas.

Me gustaban las modistas,
me gustaban las marquesas,
las fregonas, las nodrizas,
las de quince, las de treinta,



las de diez y nueve, veinte,
ochenta y ocho y noventa:
la que tenía buen pelo,
la que casi calva era,
las saladas y las sosas,
las tristes y las risueñas:
las que paseaban en coche
las que por su pié anduvieran,
las que viven en palacios
y las que en chozas se albergan.

Al hombre desde que nace
le acompaña alguna idea,
y á mí, desde que he nacido,
amor en brazos me lleva.

Tal ha sido, lector mio,
el *flaco* de mi existencia,
que es el *flaco* más ridículo
que puede haber en la tierra.
Y para que nada falte
á completar mi demencia,
me entregué á la poesía;
y de mis dotes poéticas,
puedes juzgar, lector caro,
cuando estos renglones leas
y verás que, en vez de *versos*,
lo que fabrico son..... *berzas*.

DEL PARAISO AL MUNDO.

ANTES DE LA TENTACION.

ADAM.

Salve, SEÑOR, mil veces; me complazco
tu obra en mirar y en ensalzar tu nombre;
mi contento, SEÑOR, mi regocijo
mi semblante os lo está diciendo á voces.

EVA.

Vén, Adam, vén; contempla la hermosura
que ante la vista el Hacedor nos pone;
vén á gozar del mundo, Adam querido,
ya que Dios nos regala todo el Orbe.

EL SEÑOR, *desde la altura.*

Vuestra es la tierra, vuestros son los mares
y vuestro todo cuanto en torno more;
mas no comais la fruta que os prohibo
porque infelices tornareis entónces.

Eva y Adam la voluntad acatan
del que supo dar vida al primer hombre,
y postrados dirígenle al Eterno
alabanzas, y cantos y oraciones.

EN LA TENTACION.

SATAN, *disfrazado de serpiente.*

Eres muy feliz, Eva?

EVA.

Y quién lo duda?

SATAN.

Quisieras serlo más?

EVA.

Ser más no puedo,
que si ser más quisiera, ofenderia
con mi ambicion al Criador del cielo.

SATAN.

Y dime, Eva preciosa, no querrías
ver en tu Adam al Rey del Universo?
No querrías, dí, ver tu Adam querido
al Dios de lo criado sobrepuesto?

EVA.

Cómo! Ser Adam Rey, ser yo la Reina
del mundo y ser Adam más que el Eterno! ?
Y cómo conseguir dicha tan grande?
Cómo, dime?

SATAN.

Quebranta su precepto.

EVA.

Yo faltar á mi Dios?... ¡Oh, nunca, nunca!

SATAN.

Pues renuncia á regir el Universo.

EVA.

Y comiendo la fruta prohibida?....

SATAN.

Adam, del mundo empuñaría el cetro.

LA CONCIENCIA, á *Eva*.

Huye la tentacion, Eva querida:
caer no quieras en el lazo artero,
que si de Dios desoyes los mandatos
ya nunca tendrás paz, nunca sosiego.

LA CODICIA, *en el corazón de Eva.*

Cóme del fruto que el Señor te priva
y regirás el Universo entero,
y el mundo será tuyo, tuyo sólo,
y tu Adam será más, más que el Eterno.

EVA.

¡Ay! mi mano al alzarse tiembla, tiembla
y un crimen me parece que cometo.
Mas voy á ser feliz y aun dudo? ¡Oh, nunca!
Ya cogí, ya comí; ya no hay remedio.
Cóme, Adam.

ADAM.

Ya comí.

EVA.

Ya soy la Reina
y tú eres el Señor del Universo.

SATAN, *riendo.*

Y los dos mi venganza, incauta Eva.
Já, já, já, já, já, já..... ¡Bueno: muy buenó!

DESPUES DE LA TENTACION.

ADAM.

Eva, dónde la paz y nuestra calma

han huido? Felices en el mundo
vivíamos y ahora.....

EVA.

Ahora, Adam mio,
á castigarnos el Señor empieza.

ADAM.

Tu desnudez entónces no advertía,
tus formas virginales cuando viera,
y ahora los dos huimos uno de otro
con el rostro cubierto de vergüenza.

EVA.

¡Ay, mi Adam! ¡Ay, mi Adam! Fuí seducida
por Satan; desoí á la Providencia,
y ya en el mundo, por la falta mia,
no habrá de cierto quien librarse pueda
del pecado fatal que purgar deben
nuestras generaciones venideras.

*No desoigas la voz del Poderoso
que Eva la desoyó por un momento
y trocó el paraíso tan glorioso
por días infelices de tormento.*

CANTARES.

Todos dicen, niña hermosa,
que es tu corazón de mármol;
pero yo *pica* que *pica*
he conseguido ablandarlo.

Cuando las flores te miran,
como es tu hermosura tal,
mústias cierran sus capullos
por la envidia que les das.

Después de quererme á mí
y querer á otros cincuenta,
aun te atreves á decir,
niña, que no eres coqueta.

Pruebas tengo de tu amor,
tú de mi amor tienes pruebas;
pero si piensas casarte
conmigo.... chasco te llevas.

Vénus una vez te vió
y no te volvió á mirar,
que como la deslumbraste
celosa la tienes ya.

Son la infancia y la vejez
cual fruta no sazónada,
mala por no estar *madura*,
mala por estar *pasada*.

Te ví, y ojalá que nunca,
mujer, yo te hubiera visto:
antes de verte era libre,
desque te ví soy cautivo.

Mis esquelas de convite,
el día que yo me case,
dirán con letras muy gordas:
MÉTODO DE SUICIDARSE.

Hoy la mujer y la flor
tienen mucho parecido,
en la una encanta el color
y en la otra el color....*ido*.

A UNA COQUETA QUE QUISO BURLARME.

Quieres, mujer COQUETA darme un mico,
y ese miCO QUE TAnto hace que espero
será el blanCO QUE TAL vez no presumes
de un miCO QUE TAmbien yo te reservo.

EL HOMBRE Y LA MUJER.

Escuchad á la mujer.
si gusto á la lengua dá,
y vereis, aun sin querer,
como del hombre el poder
siempre rebajando está.

Entrad en un aposento
dó se encuentran reunidas
treinta mujeres y un ciento,
vuelo dando al pensamiento
y en discusiones sumidas.

Siempre de su discusion
el blanco ha de ser el hombre:
siempre la misma cuestion,
siempre en su pronunciacion
está un masculino nombre.

Se habla de infidelidad?
El hombre es el más infiel.
De inconstancia, de maldad,
de olvido, de falsedad?
Pues *duro* siempre con él.



Y valimiento en el hombre?
No le tiene; es poca cosa,
y sólo adquiere renombre
cuando ha otorgado su nombre
y ha hecho á una mujer su esposa.

Amoríos?... No en verdad,
que el hombre es muy inconstante:
con capa de santidad
encubre su falsedad
aunque se muestra galante.

En suma, que la mujer,
con otra mujer hablando,
al hombre *no puede ver*,
cuando tal vez puede ser
que al hombre mismo está amando.

Esto las ninfas hermosas
repiten cada momento:
se creen muy virtuosas,
y quieren hacerse esposas
para *honrar* el casamiento.

Abandonad las mujeres:
id los hombres á buscar,
los vereis entre placeres,
olvidando sus deberes,
de éste modo conversar:

Feliz el hombre en el mundo
si la mujer no existiera,
si su talento profundo,
si su ingenio sin segundo
del mundo desapareciera.

La mujer es para el hombre
lo que él para la mujer,
y sin que á ninguno asombre
que varían solo en nombre
bien se pudiera creer.

El hombre es de aquella el tema,
de éste el tema es la mujer,
siempre la mujer por lema,
y aun cuando de ella blasfema
no la deja de querer.

No tiene el hombre valor
por una mujer juzgado,
y de éstas, aun la mejor,
no puede hacer con su amor
á algun hombre afortunado.

La mujer es una planta,
para el hombre, que verdece,
que con su perfume encanta
y su hermosura levanta
al mismo tiempo que crece.

Pero que pasa el estío
y por el sol ya quemada,
apenas percibe el frío
queda en el primer rocío
para siempre sepultada.

El hombre siempre en sus *trece*
y en sus *trece* la mujer,
y aunque uno á otro desmerece
siempre, siempre en ellos crece
su apasionado querer.

Por lo cual presumo yo,
y hago bien en presumir,
que todo lo que ella habló,
y éste de ellas blasfemó
no ha sido más que *decir*.

Y fuera inútil la vida
sin uno ó el otro sér,
que la mujer fué nacida
para ser siempre querida
y para siempre querer.

LA ÚNICA REALIDAD.

Apenas nace el hombre
y ya en la cuna
cree ver los placeres
de la natura.

Su gozo es grande
al sentirse arrullado
por tierna madre.

Pasa ya de su infancia
la edad primera,
y con ella los goces
que antes sintiera:
que son los tiempos
y los placeres todos
muy pasajeros.

Cree ver de su vida
la dicha luego
en esos inocentes,
cándidos juegos

que á los muchachos
divierten, mas que pasan
tambien muy rápidos.

Llega después el hombre
á esa edad bella
en que siente emociones
que le enagenan;
que hacen su pecho
brotar en sus pasiones
lavas de fuego.

Viene el loco Cupido,
tiende sus alas,
y en sus redes sepulta
del hombre el alma:
que no hay ninguno
que al amor no le rinda
ciego tributo.

Siente de amor los goces
con su querida,
y cree ver el colmo
ya de su dicha
cuando Himeneo
concede á los amantes
lazos estrechos.

Pero ¡ay! que el tiempo pasa,
pasan los años,
y ya de sus caricias
se hallan cansados:
que todo había
en un mundo en que todo,
todo es mentira.

Busca la dicha luego,
y aunque la busca,
y la encuentra, y propicia
le es la fortuna,
gozar no puede,
que nunca se conforma
con lo que tiene.

Vive, vive dichoso,
goza del mundo,
goza de los placeres.
del fáusto, el lujo,
alto renombre,
Pero ¡ay! que ésto tan sólo
son ilusiones.

Cuando mayor, más grande
es su entusiasmo;
cuando la dicha toda
tiene en su mano,

viene la *muerte*,
y al morir, con su vida
sus goces mueren.

Todo en el mundo, todo
son ilusiones,
mentidos los placeres,
bienes y honores.
Sólo la muerte
es realidad que nunca
término tiene.

Á ELLA.

Vés cuán alegre y risueña
el ave saluda al día,
cuando oculto todavía
el sol su luz deja ver?
Vés-la prorrumpir en trinos
continuados y armoniosos,
al percibir los hermosos
rayos de Febo al nacer?

Así, henchido
de alegría,
vida mía,
y de placer,
te saludo
cuando amante
tu semblante
dejas ver.

Vés cuál vá la mariposa
recorriendo en el vergel

desde la rosa al clavel
para en ellos se posar?
Y en la más gallarda flor,
en la más embellecida,
ella, ufana y engreida,
muellemente reposar?

De este modo
yo, querida,
de tu vida
haré un vergel,
y embebido
con sus flores
mis amores
pondré en él.

Vés cual corre el arroyuelo
trás del caudaloso río,
al par que su poderío
buscando su bien estar?
Vés ese río también
en afluencias medrarse,
para luego sepultarse
en el proceloso mar?

Así, niña,
yo, que quiero
con ente: o

frenesí,
voy buscando
la corriente,
cuya fuente
se halla en tí.

Vés en el árbol gigante
de frescas hojas vestido,
yacer alegre en su nido
al amante ruiseñor?
No lo véis cuán cariñoso,
con cantos suaves y finos,
arrulla con dulces trinos
á la dueña de su amor?

De este modo
te querría,
vida mía,
yo cantar,
y tu vida
de portentos
por momentos
endulzar.

Vés en fin cuál la natura,
los seres todos del mundo
prestan un amor profundo
al que es Supremo Señor?



Los vés ante EL inclinarse,
llenos de respeto santo,
adorarle con encanto,
bendiciendo así su amor?

Pues qué mucho,
niña hermosa,
que piadosa
con mi amor,
le recojas,
á él unida
mi sentida
bendicion?

EN LA MUERTE DE VENTURA DE LA VEGA:

Musas, llorad. El que bebió en *Castilia*
vuestras inspiraciones,
el célebre *Ventura*
ha descendido ya á la sepultura.

Luto el *Parnaso* viste
por su ya eterna ausencia,
y el mundo literario llora triste
la pérdida fatal de su existencia.

Y qué mucho que llore
al ver llegado el postrimero día
del que supo á *Thalia*
culto rendir tan vasto y tan glorioso!

Qué mucho que copioso
ilanto vierta la España enternecida,
y con dolor profundo
recuerde al que escribió *El hombre de mundo*
si con él ha perdido
su vate más ilustre y más querido!



Qué mucho que *Romea*,
y la *Matilde* y los actores todos
del teatro español su muerte lloren,
si les dió en sus *papeles*
nombre, gloria, coronas y laureles!

.....

¡Oh, Ventura infeliz! La parca fría
te condujo, exigente, á la mortuoria
region y le dejó á la poesía
ya sólo tu memoria.

Mas basta á engrandecerte,
desventurado vate,
que tu nombre, que no mató la muerte,
será rico tesoro
que ocupará en la historia literaria,
cubiertas de laurel, páginas de oro.

ORIENTAL.

Avanzada era la noche:
pálida luna alumbraba
las casas, plazas y calles
de la arabesca Granada.

La ciudad toda yacía
en dulce, apacible calma:
sólo el céfiro suáve
agita sus frescas alas
y recorre los jardines
de la deliciosa Alhambra.

Allí, gozando el perfume
de las rosas delicadas,
la frescura de la noche,
la presencia de su amada:
allí, donde el ruiseñor
sus armonías consagra.
á su tierna compañera,
allí *Ben-Salah* descansa.

Descansa?... No; dije mal,
que temerario se afana

por merecer el cariño
de una hermosura cristiana.

Arde de amores por ella,
de hinojos está á sus plantas,
y entre apasionado y loco
le dirige estas palabras:

—Cristiana de bellos ojos,
la de la tez sonrosada,
la que me ofrece en su boca
tanto coral como nácar,
la reina de las hermosas,
de *Magerit* la sultana,
la que al áura diera celos
y la dueña de mi alma,
ámame como te adoro,
de mis súplicas te apiada
porque vivir sin tu amor
no podré nunca, *Cristiana*.
Yo sé bien que ofrecimientos
á tu nobleza no halagan,
y aunque puedo darte toda
la musulímica comarca,
sólo quiero, hermosa mía,
trocar por tu amor mi alma.

—Moro, el de los cien palacios,
el que cruzando Granada
sobre un hermoso corcel

gallardamente cabalga,
el señor de los harenes,
el dueño de las sultanas,
el galanteador en corte
y guerrero en las batallas;
Ben-Salah, no amor implores
de rodillas á mis plantas,
que yo amor darte no puedo
sin faltar á Dios y patria,
porque tú has nacido moro
y yo he nacido cristiana.
No atribuyas, moro, no
á desprecio mis palabras,
que si arde amor en tus venas
tambien su fuego me abrasa,
que si tú fueras cristiano,
Ben-Salah, tambien te amára.

—Fatalidad sólamente
mi amor del tuyo separa,
tú por ser hija de Dios:
yo porque Alá me dió el alma;
mas si renuncio á tu amor
á mi dicha renunciara
y mi salvacion perdiera
si abandonara mi patria.

—No, moro; mi Dios es justo,
mi Dios el mundo creara

y allá, en sus juicios eternos,
dá salvacion á las almas.

Ben-Salah, tu patria es bella;
pero es más bella mi patria,
que en ella siempre se goza
felicidad que embriaga.

— Si es tu Dios el verdadero,
si es tan hermosa tu España,
si sólo tu amor me niegas
por mi estirpe musulmana,
Cristiana, ven á mis brazos,
mi amor hácia tí me llama;
huyamos pronto de aquí,
deme un asilo tu pátria,
deme religion tu Dios
y dame tu amor *Cristiana*.

PENSAMIENTOS.

Bella es la vida, cuando
se pasa los placeres agotando;
mas horrible es la vida,
si se pasa entre lágrimas sumida.

La mujer y la rosa perfumada
son iguales, al verse, en un momento,
la mujer por el hombre marchitada,
marchitada la rosa por el viento.

La virtud á la mujer
es lo que el aire al insecto,
lo que el aroma á las flores,
lo que el volúmen al cuerpo,
lo que á los mares el agua,
lo que el espácio á los tiempos,
lo que la conciencia al alma
y lo que al mundo el Eterno.

El *trabajo* es el camino
por dó á la virtud se vá:
de la virtud á la gloria
sólo un paso media yá.

AL HADO.

Por qué me martirizas,
cruel, de esta manera?
Por qué de amor sembraste
mi jóven existencia
para oponerme, impío,
al logro de mis bellas
y puras afecciones
terrible resistencia?

Por qué amor me has brindado
si célibe me dejas?

Por qué la niña hermosa
que mi pasión acepta,
pagando el amor mío,
como exigir pudiera
el ser más exigente;
por qué esa niña bella,
norte de mi esperanza,
alivio de mis penas,
por qué no es ya mi esposa,
mi dulce compañera?

Porqué, tú bien lo sabes
mi malhada estrella,
pues eres tú la causa
de mi desdicha inmensa.
Tú, que á los hombres riges,
con las pasiones juegas,
que siempre los placeres
con los martirios mezclas,
que has hecho rey al oro,
terrestre omnipotencia,
mendigo al sentimiento
y á la virtud miseria;
tú eres el que se opone
á mi ventura eterna.

Por qué, cuando te plugo
que al mundo yo viniera,
al darme vida y alma
de sentimiento llena,
por qué no me criaste
nadando en la opulencia?

No comprendiste, torpe,
ser mi desgracia cierta,
si corazon me dabas
no dándome riquezas?

Por qué á amar me enseñaste
con tanta vehemencia?

No comprendiste, dime,

que el que en amor se anega,
sólo en el matrimonio
alivio halla á sus penas?

. ,
Y bien; nada me importa
tu cruda resistencia,
que amor es atrevido,
y yo amo tan de veras
que, aun cuando tú te opongas
con poderosas fuerzas
á mi intencion sagrada,
yo haré mi compañera
á la mujer que adoro,
aunque preciso sea
dejar correr los años,
entre angustiosas penas,
para encontrar la ansiada,
la dulce recompensa
al fuerte sufrimiento
que en mí el amor engendra.
Pero será; y entónces
yo, al lado de mi bella,
haciendo de tí escárnio,
seré feliz de veras.

TÚ Y YO.

Tú eres la vida de la vida mia,
yo soy el hombre que te inspira amor,
tú..... la gallarda, perfumada rosa
y el viento suave que te mece..... yo.

Tú me arrullas cual cándida paloma,
yo te arrullo cual tierno ruiseñor,
y de arrullo en arrullo la existencia
cruzar sentimos rápida los dos.

Siempre reina la calma en nuestro seno,
nadie turba la paz de nuestro amor,
que tú para quererme vives sólo
y sólo para amarte vivo yo.

ELLAS Y NOSOTROS.

Ellas son flores que nacen
de la vida en el pensil,
y *nosotros* los insectos
que las van á destruir.

Ellas tímidas ovejas
que duermen sueño feliz;
nosotros los fieros lobos
que asaltamos su redil.

Cándidas palomas *ellas*,
rapiña *nosotros* ruin,
las hacemos nuestra presa
con inusitado ardid.

Ellas las hijas de Dios,
nosotros los de Cain,
en fin, *ellas* la virtud,
nosotros el vicio, en fin.

LA VIRTUD Y EL VICIO.

FÁBULA.

Cierto dia ví llegar
á las puertas de un palacio
la *virtud*, triste, abatida,
cubierta toda de andrajos.

Mendigando iba la pobre
un asilo hospitalario,
sin que á compasion movieran
su miseria ni sus años.

Una trás otra corrió
las casas del vecindario,
sin hallar un alma amiga
que le tendiera la mano.

El *vicio* llegó después
ricas galas ostentando,
aunque con cara de estúpido
y con modales de fátuo.



En el palacio llamó
y sus puertas le franquearon,
porque no entraba pidiendo,
sinó que entraba mandando.

A la *virtud* despidieron
y al *vicio* allí le hospedaron;
al uno por sus riquezas,
á la otra por sus harapos.

*Tal es hoy la sociedad,
que con sus farsas y engaños
al bueno le precipita
mientras favorece al malo.*

EN EL CUMPLEAÑOS DE MI QUERIDA MADRE.

Vuela, pensamiento mio,
y en alas de tu memoria
busca en la ciudad de Soria
la reina de mi albedrío;
la mujer que me dió el sér,
la que me arrulló en la cuna
y la que acendrado aduna
de seis hijos el querer.

Búscala, y di lo que siento
verme de ella separado,
y ya que yo no á su lado
vuela al suyo, pensamiento.
Vuela é imprime en su boca
un ósculo cariñoso
que te hará tan venturoso
como es mi ventura poca.

Bésala cien y mil veces
y luego torna á mi lado,
los besos que la hayas dado
para pagarte con creces.

UN SUEÑO.

Soñaba yo, lector, que en mi gaveta
atesoraba miles á porfía
y aumentaba el caudal, de día en día,
por cada *medio real* una peseta.

Una arca colosal, toda repleta
de billetes de banco, poseía,
y media España á mi pertenecía,
pues que á mi propiedad era sujeta.

Además me casé; y era mi Lola
jóven.... y bella.... y *rica*. —¿Habrà quien ande
con ascos al amor, si tal se inspira?—

Mas ¡ay! que desperté y así, á Argensola
parodiando, exclamé: *Lástima grande*
que no sea verdad tanta mentira.

EL CRIMINAL Y SU CONCIENCIA.

Vedle con el semblante enfurecido
y en la diestra un puñal, cuya acerada
punta de sangre fresca está bañada,
de un vil asesinato cometido.

Miradle luego trémulo, abatido,
dirigiendo doquier torva mirada,
cual si creyese oír trás su pisada
la de un fantasma de quien vá seguido.

Este es el criminal, el homicida;
y aquella agitacion, que de tal suerte
tiene su alma triste y dolorida,
la voz de la conciencia, que le advierte
que cada crimen que cometa en vida
será un castigo más para su muerte.

SONETO.

Estoy lejos de tí y estar quisiera
á tu lado, alma mia, eternamente;
y si á tu lado estoy quisiera ausente
de tí pasar, mi bien, la vida entera.

Sin verte, sin oírte no existiera
quien te adora, mujer, tan ciegamente;
mas de su amor quien lo imposible siente,
oyéndote, mirándote..... muriera.

No sé como vivir; pero imagino
que no es fácil dar tregua á mis enojos
ni es posible calmar mi pesadumbre;
pues tan cruel se muestra mi destino
que me mata la lumbre de tus ojos
y no puedo vivir sin esa lumbre.

Á FERMINA.

NIÑA DE TRES AÑOS.

Con qué envidia te miro,
niña hechicera,
correr, saltar alegre
por la pradera,
sin que el hastío
refleje en tu semblante
tinte sombrío.

Dichosa tú, que vives
sin ilusiones,
disfrutando una vida
llena de goces,
sin otro anhelo
que el cándido deleite
que hay en tus juegos.

Yo no sé qué de dulce
tiene tu imagen,
que siempre que te miro
ver creo un ángel;
y es... la belleza
que á toda criatura
dá la inocencia.

.....

Pero ven, que ya observo,
niña, en tus ojos
el natural deseo
de hallar reposo.
Ven á mi lado,
que ya el sueño pretende
cerrar tus párpados.

Ven, sube á mis rodillas,
toma mis brazos
y tranquila descansa
en mi regazo,
que yo tu sueño
velaré, niña hermosa,
con tiernos besos.

A LA PREMATURA MUERTE DE MI QUERIDA AMIGA LA SEÑORITA
DOÑA AMALIA PEÑA.

Cándida flor, que apenas el capullo
dejaste abrir de tu galana vida,
por qué tan pronto al mundanal arrullo
lanzaste la postrera despedida?

Si en tí, Naturaleza,
pródiga derramó cuantos tesoros
de virtud y belleza,
puede esperar la criatura humana,
por qué, rompiendo del amor los lazos
que al mundo te ligaban,
tu dicha buseas de la muerte en brazos?

.....

Mas ya, Amalia, comprendo
porqué la muerte tus dolores ca'ma:
al dejar la materia pereciendo
quieres vivir tan sólo con el alma.

Y la falaz corona
de falso brillo que te ofrece el mundo,



con desprecio profundo
arrojas lejos de tu frente pura,
y con rápido vuelo
tu espíritu remontas
á la celeste altura
para gozar allí paz y ventura.

Y al llegar á las puertas
del célico palacio,
pisando por alfombra hermosas nubes
de nácar y topacio,
un coro de querubes
te saluda con himnos de alabanza,
y en alas de seráfica grandeza
al trono te conduce
de la divina Alteza.

Y tú, á los piés del que crió los mares,
y dió vida á la luz y al hombre vida,
los celestes lugares
contemplas, sumergida
en éxtasi profundo: y cuando invoca
tu espíritu la gloria apotecida,
en tus sienes coloca
la Majestad Suprema
de mirto y de laurel rica diadema.

LA CARIDAD. (1)

En el campo cierto día
un mendigo se encontraba,
sin más amparo ni guía,
¡ay! que el hambre que sentía,
la sed que le devoraba.

Alzó la vista del suelo,
y en el azulado cielo
teniendo los ojos fijos,
gritaba con desconsuelo:
¡Dáme pan para mis hijos!

Llanto amargo de dolor
inundaba sus mejillas,

(1) Leída en el teatro de Soria con motivo de una función dramática celebrada á beneficio de los pobres de aquella capital.

cuando, mirando en redor,
vió hermosa alzarse una flor
entre varias florecillas.

Con aliento soberano,
y con apuesto ademan,
cogió al pobre de la mano
y le dijo: Yo me afano
por servirte. ¿Quiéres pan?

Toma pan. ¿Quieres asilo?
Asilo te dá mi pecho.
¿Quiéres más? Quiéres un lecho
en donde dormir tranquilo?
Aquí está de flores hecho,

Y con leal solicitud
se llevó al pobre consigo:
rasgo hermoso de virtud!
Mientras vertía el mendigo
lágrimas de gratitud.

.....
De la flor el sentimiento
no es una vaga ficcion:
yo tambien aquí le sentí
y todos..... todos, no miento,
le hallan en su corazon.

Sentimiento de bondad,
sentimiento que dió al hombre
la Divina Majestad.

¿Queréis que os diga su nombre?
Se llama..... la *Caridad*.

Á P.....

Mi vida se desliza venturosa
cuando estoy junto á tí;
cuando me encuentro lejos de tu lado
no sé lo que es de mí.

Tu presencia gallarda y seductora,
que es mi única ilusion,
á la par que dá goces á mi vista
dá aliento al corazon.

La ausencia de tus gracias peregrinas
cáusa es de mi pesar;
tu amor me dá la vida y tus desdenes
la muerte, ¡ay, Dios! me dan.

Si pues tu amor tan sólo, niña hermosa,
me puede hacer feliz,
no consientas que viva desgraciado
quien vive para tí.

LA FLOR Y LA MARIPOSA.

En ameno vergel, pintada rosa
perfume embriagador al viento daba,
y entre sus bellas hojas ocultaba,
sencilla, á la inconstante mariposa.

Crejóse del insecto la amorosa
pasion que, mentiroso, le juraba;
y no mucho después, triste lloraba
su desengaño ya la flor preciosa.

Tú, mujer, cuyo aliento perfumado
el néctar del amor lleva consigo,
no del que tuyo ser haya jurado
á la passion le dés fácil abrigo.
Piensa en la pobre flor y ten presente
que el que lo dice más.... menos lo siente.

Á MI QUERIDO TIO PEDRO,

CON EL TRISTE MOTIVO DE LA TEMPRANA MUERTE DE SU ESPOSA

D.^a MARÍA MAGDALENA COSMELLY DE MONTEVERDE.

Si el corazon en lágrimas deshecho
se asoma á vuestros ojos, caro tío,
pugnando por saltar de vuestro pecho:

Si vuestra mente, en loco desvarío,
no halla razon que sus deseos llene,
cruzando sin cesar por el vacío:

Si al alma vuestra atormentada tiene
dulce recuerdo del placer pasado,
triste esperanza del dolor que viene,

nada más natural, que vuestro estado
si muchos en el mundo han conocido,
jamás por eso fué menos llorado.

.....

Dios el placer habíaos concedido
de gozar una vida tan dichosa
como no conociera otro nacido.

El cielo supo dáros una esposa
que para vos fué amante compañera,
para sus hijos madre cariñosa.

Ella hacer supo que la vida fuera
para vos un edem, un paraíso
dó jamás una nube se cerniera:

De su hermosura y de sus gracias quiso
la corona tejer de sus amores,
que todavía en vuestra sien diviso:

Y luego supo dáros los mejores
tesoros de su amor, los más preciados
en vuestros hijos *Ismael, Dolores*.

Mas ¡ay! que eran ya gozes extremados
para un mortal los que en el mundo hubísteis,
y pronto llegó el día en que trocados

en llanto acerbo los placeres visteis,
y á los impulsos del dolor primero
hasta la idea del placer perdisteis.

Pronto el golpe cruel, pero certero
de la guadaña, á vuestra *Lola* hermosa
del mundo separó; sér hechicero

que de Dios con los ángeles reposa,
mas que dejó vuestra alma entristecida
y el alma entristeció de vuestra esposa.



Y no era esta, ¡ay de mí!, la grave herida
que habia de matar vuestra ventura
y hacer insoportable vuestra vida.

Restábaos aún de la amargura
el cáliz apurar.—Aun vuestros ojos
podrian recrearse en la hermosura.

de vuestra amante esposa, sin enojos.
Aun podiais gozar dichosa calma
y rendido adorar, puésto de hinojos,

las mil virtudes de su jóven alma.
Aun, para dicha vuestra y vuestro encanto,
ceñiais de su amor, feliz la palma.

Mas ¡ay! ella tambien, tambien en llanto
trocó vuestro placer, vuestra alegría,
y vuestra calma convirtió en quebranto:

Ella tambien á la segur impía
de la guadaña presentó su cuello
y el mundo abandonó donde vivia,

¡Ah! ya no más veréis su rostro bello;
ya no más formará vuestros hechizos
de su alma pura el celestial destello.

Ya no vereis flotar sus negros rizos,
ni á impulsos de su mágica sonrisa
abrir sus labios por su amor rojizos.

Ya sólo el débil soplo de la brisa
podrá traer á vuestro pecho amante
el recuerdo no más, de la que pisa

alfombra celestial de oro y diamante;
de la que vuestra esposa fué en el mundo
y hoy del Señor la luz es más brillante.

Llorad, llorad vuestro dolor profundo;
el llanto sólo os prestará consuelo
en las miserias de este valle inmundo.

Pero envidiad en vuestro amargo duelo
la tumba fría que su cuerpo encierra.
Era un ángel de amor: subióse al cielo:
Los *ángeles* no paran en la tierra.

Á EMILIA.

DESPEDIDA.

¡Adios, Emilia!... Sí, al cerrar la noche,
de una *locomotora*
oyeras el silbido penetrante,
acuérdate del que con fé sincera
rindió á tu corazon el suyo amante.

Acuérdate del que pasó á tu lado
dulces momentos y felices horas
en mirar tu semblante entusiasmado,
renaciendo en el suyo la alegría
y adorándote ciego, Emilia mia.

Guárdale en tu memoria
como él te lleva en su memoria fija;
consérvale tu amor, que, si hoy el hado
de tí le aleja, tornará mañana
más loco aún y más enamorado.

.....

Mas ¡ay! ya partió el tren.—Adios, bien mio;

con mi vida te queda, y cariñosa
acepta de mis ojos una lágrima,
lágrima de dolor mal reprimida
que pregoná el pesar de mi partida.



Á ANGELITA.

Te ví, y ¡ojalá!, niña
que nunca yo tu imágen percibiera;
que al verte, el alma mía
esclava se tornó de reina que era.

La lumbre de tus ojos
brotar hizo en mi pecho
una chispa de amor que crece..... y crece,
y por su fuego el corazón deshecho,
no hoguera ya sinó volcán parece.

Calmar su ardor he pretendido en vano,
pues cuanto más calmarlo he pretendido,
el niño dios tirano,
ese cruel Cupido,
que tanto á conocer nos dá la fama,
más intensa y más viva hace la llama.

Y yo que huir de tu presencia quiero,
porque miedo le tengo á tu presencia,
no puedo, que el amor, con lazo artero,

inútil hace toda resistencia;
y á mi vista presenta de contino
tus grácias peregrinas,
y tu imágen, en medio mi camino,
mi fantasía encuentra,
y el alma ciega, loca, entusiasmada,
muere de amor por tí, prenda adorada.

Y á las aves, que en dulces melodías
cantan su amor, y á las gallardas flores
que adornan la pradera,
les digo que te cuenten mis amores
si te llegan á ver, niña hechicera,

Y al céfiro, que mece
los rizos de tu hermosa cabellera,
besos de amor le entrego,
que lleva y en tu frente nacarada
los deposita luego.

Y al viento doy mis lastimeros ayes
y los hondos suspiros
que á mi pecho se escapan, y en sus alas
el viento á tí los lleva, con encargo
de recoger los tuyos,
si tú tambien suspiros ¡ay! exhalas.

Y al arroyo, que alegre se desliza
por valles y collados

que el cristal fertiliza
de su corriente blanda y caprichosa,
le pido que retrate
en su linfa la imágen de mi hermosa.

Y á los séres que pueblan
el universo todo,
les digo que pregonen, amor mio,
que la reina eres tú de mi albedrió.

Y al sol, cuyos destellos
la luz reciben de tus ojos bellos;
y á la luna, que plácida se mueve
en el espacio y de la tierra sigue
las compasadas huellas;
y á todos los luceros,
y á todas las estrellas;
y de Dios á los ángeles,
cuyo nombre es el tuyo, prenda amada;
y á la Virgen, y al mismo Sér Supremo
dirijo la mirada
suplicante, y á todos les pregunto
si puedes algun dia
pagar con tu cariño el acendrado
amor que te profeso, Angela mia.

Mas si las aves de mi amor te llevan
los ecos, y las flores

te regalan mi amor en sus perfumes
y en sus variados, múltiples colores;
si el céfiro mis besos te regala,
burlando tu candor, amada mía;
si el viento hace sonar en tus oídos
los lánguidos gemidos,
que acongojado el corazón te envía;
si la clara corriente
del arroyuelo alegre y bullicioso
me permite, en su linfa transparente,
contemplar la belleza
que á tu semblante dió Naturaleza;
si los séres, en fin, que el mundo habitan,
todos mi amor te cantan
en diferentes tonos, y te invitan
á que premies mi amor con tu cariño;
en cambio el sol, la luna y las estrellas,
desoyendo mi súplica de niño;
y la Virgen, los ángeles
y el Dios que en el celeste Empíreo habita,
se niegan á decirme
tal vez que no me quieres, Angelita.

Mas yo lo he consultado
con la luz de tus ojos,
y ellos, por mi desgracia, han contestado
que tú pagas mi amor con tus enojos.

Ellos harto me han dicho,
¡ay, corazon! que sufras y que penes,
que tú sólo has sabido
sembrar amor y recoger desdenes.

.....

Renuncia, corazon, á la ventura
que habias concebido
en brazos de la célica hermosura
que adorabas rendido:
renuncia, en fin, tu amor. — ¡Oh, nunca, nunca!
yo seré desgraciado, mas mi pecho
sus afectos de amor jamás los trunca.

Qué importa al pecho mio
tu desden, ni qué importa
que de mi ardiente, loco desvarío
te burles sin piedad; ni que mi estrella,
siempre fatal, huir mi amor te mande,
sí mi amor, cuanto mas tú lo desdeñes,
más profundo será, será más grande?

Sí, vida mia, sí; cuando en el alma
el sentimiento del amor se anida,
no hay poder que le arranque de su seno
sinó arranca también con él la vida.

Por eso yo, que amor te he consagrado,
amor puro, sincero,

te amaré, aunque le falte á mi cuidado,
tu cariño, ¡ay de mí! que ya no espero.

Y durará mi amor hasta el momento
en que la muerte, con mi vida quiera
llevarse, sí, mi postrimer aliento.

Y aun después de la tumba,
el eco de mi voz en tus oídos
resonará, diciendo: *Todavía
te adoro, te idolatro, Angela mia.*

A UNA FLOR DESHOJADA.

!Oh, flor, la más preciada,
que en el vergel un día
encanto eras del hombre
y de otra flor envidia!
Dó fueron tus colores?
Tus hojas peregrinas
dó están que, aunque las busca,
no encuentra ya mi vista?

Por qué tu verde tallo
hoy rojo ya se mira
y punzadoras sólo
ostentas tus espinas?

¿Acaso del insecto
que de tu cáliz liba
el néctar, escuchaste
frases de amor mentidas,

y de su tierno halago
creyendo tú en la dicha,
al conocer su engaño
perdiste, oh, flor, la vida?

¡O el céfiro, cubriéndote
de besos y caricias,
al ver que á sus halagos
amante respondías
y á impulsos de su aliento
tu tallo se mecía,
el céfiro, ambicioso
de amor, pudo algun dia
gozar de tus encantos
á costa de tu dicha,
y en huracan tornarse
y tú débil, sencilla,
al céfiro entregaste
con tu pasion tu vida?

Tal vez, que así en el mundo
las *flores* más bonitas,
de amores engañosos
creyendo en las delicias,
su amor al hombre entregan,
que céfiro le miran;
mas *huracan* tornándose
arrolla en su lascivia

el corazón amante
de jóvenes sencillas:
y luego, al convencerse
de su fatal desdicha,
lloran de su hermosura
las gracias ya perdidas
y ven sus ilusiones,
oh, flor, cual tú marchitas.

A ***

Qué importa que de mi alma
los suspiros doloridos
pasen desapercibidos
para el mundo y para tí?
Qué importa que ya la calma
haya perdido mi pecho
y que el corazón deshecho,
salte en pedazos de aquí?

Qué importa que triste lllore
mi amor desafortunado,
este amor que, mal mi grado,
tu belleza me inspiró?
Qué importa que yo te adore,
y que tú mi amor no veas,
ni que tú dichosa seas
mientras infeliz soy yo?

Qué importa que amando viva,
que mi amor sea perene,

y que este amor me condene
á continuo padecer?
Qué importa que yo reciba,
en premio á cariño tanto,
por doquier pena y quebranto,
llanto y luto por doquier?

Qué importa que se destroce
mi corazon, áun de niño,
á impulsos de tal cariño,
en fuerza de tanto amar,
y que ni áun la dicha goce
de ver mi amor publicado,
viviendo ¡ay, Dios! condenado
siempre á sufrir.... y á callar?

Qué importa que yo te vea
feliz, de otro enamorada,
descubriendo en tu mirada
la intensidad de tu amor;
y que mientras tanto sea
mi amor para tí un secreto,
siendo tú á un tiempo el objeto
de mi dicha y mi dolor?

Qué importa que este delirio
amoroso, que me abrasa,
cubra de fúnebre gasa
los pliegues del corazon?

Qué importa que mi martirio
sea á tus ojos ageno,
mientras yo me encuentre lleno
de tu adorable pasion?

Ni qué me importa que pase
en continuada agenia
toda la existencia mia,
sin encantos, sin placer?
Ni qué importa que se abraze
con mi amor el alma entera,
sin que un rayo tan siquiera
de esperanza logre ver?

Qué importa?—No importa nada.
Sufrir sabré resignado
el martirio que le ha dado
al alma mia tu amor.
Y si en la vital jornada,
al peso de mi dolencia,
sucumbiera mi existencia,
entónces,... tanto mejor.

Pero qué digo?... Podria
la muerte, de mi memoria
borrar la dicha, la gloria
que yo en tu amor concebí?
Qué? Pudiera el alma mia,

aunque mi cuerpo sucumba,
dejar detrás de la tumba
el amor que siento en mí?

Imposible, no!—Te adoro,
alma mia, de tal suerte
que no bastara la muerte
á concluir con mi amor.
Antes bien, en dulce coro
con los ángeles formado,
cantaría entusiasmado
de tu belleza en loor.

Sí, porque es mi amor tan grande,
y es mi amor tan verdadero,
que sufro por que te quiero
y es mi vida este sufrir.
Y en vano será que mande
que te olvide al alma mia,
porque no amarte.... sería
el condenarme á morir.

Y yo, que vivo tan sólo
por el amor que en mí siento,
sufro con gozo el tormento
de mi amor, sútrole, sí.
Y aunque mi ventura inmolo
á mi pasión desgraciada,

no podrá impedirme nada
el que yo te adore á tí.

Te amaré en silencio, es claro,
porque en público no puedo;
mas sin que me infundan miedo
las penas que mi alma vé.
Y desde ahora declaro
no darte nunca al olvido,
porque amándote he vivido
y amándote moriré.



Á LA SEÑORA DOÑA REFUGIO BANDERAS,
LA SEÑORITA DOÑA JOSEFA DE LAVEAGA
Y AL SEÑOR DON JOSE CARRASCOSA.

DESPEDIDA.

Os conocí para ventura mía;
pero sobrado tarde á mi deseo,
pues, cuando apenas os contemplo un día,
para siempre tal vez partir os veo.

La simpatía que nació en mi alma,
cuando á veros llegué por vez primera,
tierna amistad es ya que en dulce calma
consagraros sabrá mi vida entera.

Tierna amistad, que á impulsos ha nacido,
Pepe, de tu leal y franco porte;
de las gracias sin fin que ha concedido
sábía naturaleza á tu consorte:

De la belleza celestial que admiro
en ese ángel de amor que os acompaña,

esa *Pepita*, divinal suspiro
que América feliz envía á España.

Más ¡ay! tierna amistad que apenas crece,
buscando en vuestro amor correspondencia,
y ya al mágico influjo desaparece
de vuestra larga cuanto cruda ausencia.

Desaparecer!... Jamás!—Las ilusiones
mueren con los engaños de la vida:
de la amistad las dulces impresiones
quien las siente una vez no las olvida.

Yo por vosotros las sentí de veras:
de mi muerte también serán testigo.
Si hoy habitan conmigo estas esferas
á la tumba mañana irán conmigo.

Ellas serán á mi dolor consuelo,
alegría serán en mis placeres,
que amistades como esta las dá el cielo
para dioses hacer de humanos séres.

Ahora marchad, marchad, y en el camino,
cuando cruceis el férvido Océano,
al nacer el lucero vespertino
aun á su opaca luz vereis mi mano

agitarse en señal de despedida,
y escuchareis el eco de mi acento



que á vuestro lado, en rápida corrida,
con alas vuela que le presta el viento.

«Adios, *Pepe*, dirá; que Dios te guie
y guie á tu *Refugio* idolatrada
y á esa *Pepita* que al amor sonrío
como el ave á la luz de la alborada.»

«Adios, adios; surcad los anchos mares,
tierras cruzad sin fin, climas sin cuento,
que á través de los tiempos y lugares
con vosotros irá mi pensamiento»

«No temais, no, que la distancia sea
obstáculo al cariño que os profeso;
ni sospecheis un punto que yo crea
ver sucumbir á mi amistad por eso»

«No porque valla á mi deseo ofrecen
han de asustar mi corazón de niño;
porque á la par que las distancias crecen
crece también con ellas mi cariño.

«Ni bastarán jamás á despojaros
de esta amistad, que es parte de mi gloria;
las distancias... podrán de mí apartaros
mas no os podrán borrar de mi memoria.

¿POR QUÉ TE CONOCÍ?

Mujer hermosa,
que así la calma
robas del alma
que siento en mí:
por qué amoroso
sigo tu huella:
por qué tan bella
te conocí?

La lumbre de tus ojos abrasa el alma mía,
y en candescente hoguera convierte el corazón;
y aquí, en mi pecho, erige mi ardiente fantasía
altar donde te rindo constante adoración.

Pero el suspiro
que desde el pecho
lanza deshecho
mi corazón,
por el espacio
vaga perdido,

como el gemido
de mi pasión.

En vano á tus luceros robar la luz pretende,
en vano de tus lábios gustar quiere el amor:
la dicha que en tus brazos mi espíritu comprende
es su cruel martirio, su amargo torcedor.

Porque la llama
de mis amores
entre dolores
se extinguirá;
y los tormentos,
¡ay!, de mi alma
tu pecho, en calma,
no los verá.

Mujer, mujer preciosa que así del pecho mio
la paz y la ventura me robas, ¡ay, de mí!
por qué á mi alma le has dado tan loco desvarío?
Mujer, mujer preciosa, *por qué te conocí?*

MOMENTOS DESESPERADOS. (1)

Nací..... llorando, como nace el hombre;
llanto que entónces ;ay! no me explicaba;
pero llanto..... que sólo de mi madre
los dulces besos á calmar bastaban.

Pasé los años de la edad primera,
de la edad venturosa de la infancia
con sufrimientos físicos crueles
que aún en mi semblante se retratan.

Crecí después, al parecer dichoso;
el mundo con sus goces me brindaba,
y en mi dorada juventud creía
que era el mundo un edem.— Apasionada
el alma mia, en torbellino loco
al mundo se lanzó. Fè y esperanza

(1) Como el *buen humor* no es patrimonio de todos los días, no extrañarán los lectores que el autor de esta composición lo tuviera de *mil diablos* cuando la escribió.

la condujeron en la oscura senda
por dó la vida del mortal resbala.

¡Pobre alma mia!— De ilusiones llena
penetraste del mundo en las estancias
donde mora el placer, donde el contento
reinar parece, donde todo exhala
perfume embriagador, donde la dicha
parece responder á quien la llama,
donde parece que el gozar empieza
y que nunca el gozar allí se acaba.

¿Te acuerdas de aquel día venturoso
en que por vez primera, acompañada
de tus pueriles, santas ilusiones,
súbito en el gran mundo penetrabas,
hinchida de placer y de alegría,
llena de fé, de amor y de esperanza?

¿Te acuerdas, dí?— Tan sólo quince abril
contaba yo cuando el dintel pisaba
de lo que llamo *perdicion* ahora,
de lo que entónces *vida* apellidaba.

¡Qué feliz era yo! — Pasaba el día
mirando en el espejo retratada
mi imágen, componiendo mi cabello,
haciendo siempre el lazo á mi corbata,
estirando los pliegues á mi ropa

y adoptando posturas estudiadas.
Soñando con la noche en que *Fulano*
daba una reunion, ó que *Zutana*,
que años cumplia, á sus amigas todas
tenía reunidas en su casa
y me invitaban, ¡oh, mortal dichoso!,
para bailar un *Schottis* ó una *Danza*.

Entónces era yo feliz cual nadie:
de asearme el cuidado redoblaba,
ufano iba á buscar la barbería
y, no teniendo *pelos* en la cara,
decía yo al *Barbero*: «A ver, maestro,
si me hace usted esta noche bien la barba.»

Y ébrio de gozo y de placer henchido
en el *salon de baile* penetraba,
creyéndome un *Adonis* por lo bello,
creyéndome un *Tenorio* con las damas,
y creyendo, por fin, que no existía
un mortal de más nombre ni más fama.

Sublime necedad de aquellos dias,
estupidez y tontería magnas,
tan sólo disculpables por los pocos
años que entónces de vivir contaba.

No hubo mujer que no creyera bella,
ni mujer que escapara á mis miradas,
ni mujer á quien yo no le rindiera

ferviente amor, de hinojos á sus plantas.
Creia en el amor.... como en mi madre,
con el amor todo mi ser llenaba
y era el amor el único alimento
conque entónces nutriase mi alma.

¿Quién más feliz? Ninguno.—De la córte,
de la bella Madrid me contemplaba
en la confusa agitacion; su vida,
sus placeres, sus coches y sus damas,
sus intrigas de amor, su clase media,
su plebe, en fin, y, en fin, su aristocracia,
hicieron de mi vida un laberinto
por el que yo con júbilo cruzaba.

¡Oh, Madrid! Bello edem donde he pasado
las *noches* más alegres, las *mañanas*
más dulces de mi vida; donde en cambio
juntas perdí la fé con la esperanza:
bello Madrid, que á un tiempo me has mostrado
la hiel que á los placeres vá mezclada,
el dolor que acompaña á los placeres
y el placer del dolor que siente el alma;
bello Madrid, tú siempre en mi memoria,
siempre allí vivirás; y, si cercana
suena la hora tal vez de mi agonía,
tan sólo sentiré, Madrid del alma,
que no cubra tu tierra mis despojos,

que no riegue tu lluvia de mi *lápida*
el mármol frío, ya que só mi tumba
no habrá quien deposite ni una lágrima.

¡Ay, de mí! loco estoy: siento en mi mente
cruzar uno tras otro mil fantasmas,
que me recuerdan el placer perdido
y el porvenir infáusto que me aguarda.

Yo fuí un tiempo feliz; pero tan poco
aquel tiempo duró!... Tan pronto el alma
perdió sus ilusiones más queridas,
perdió sus ilusiones más doradas!...

¡Ay! ¡Quién dijera que las bellas flores
que atónito en el mundo contemplaba
tan pronto habian de ocultar sus hojas
para ofrecerme espinas aceradas
que, clavándose en medio de mi pecho,
mi corazon amante desgarraran!

No es extraño, ¡ay, de mí!, que el mundo ofrece
néctar embriagador que nes halaga
y al aplicar la copa á nuestros lábios
truécase el néctar, ¡ay! en hiel amarga.

Yo creí en el amor.... ¡Vana quimera!
Yo creí en la amistad.... ¡Ilusion vana!
Creía en la virtud.... y es solo un mito,

creía en el placer.... y es una fábula.
No puede haber amor, no puede haberle,
ni existir amistad leal y franca,
ni virtud, ni placer en este mundo
donde el oro es el rey, es el que manda:
mundo que es sólo ilícito comercio;
todo se vende en él, todo se paga.

Yo creí la mujer bello trasunto
de amor y de virtudes coronada,
y luego pude ver, horrorizado,
que su mayor virtud es la inconstancia.

Un ángel la mujer me parecía,
creí un tesoro de bondad su alma,
y luego ví que la mujer *más buena*
pasar tal vez podría por *muy mala*.

Yo que criado para amar he sido,
yo que en la dicha mundanal fiaba,
yo que virtud tan sólo conocía,
cómo vivir del mundo entre la farsa,
cubierto de una atmósfera viciosa
que exhala sólo pútridos miasmas?

Imposible!—;Ay, de mí! ¿Quién me dijera
que, cuando apénas en la vida entraba,
había de mirar mis ilusiones
caer, ¡oh, Dios! marchitas á mis plantas?

Yo que soñé la dicha en este mundo

qué saqué de mi dicha tan soñada?
El corazon en cien pedazos roto
y en cien pedazos ¡ay! rota mi alma.

Yo no quiero vivir: venga la muerte
y llévase una á una mis entrañas.
Por qué una vida que de nada sirve?
Para qué el sentimiento de mi alma?
Para qué el corazon que dentro late,
si corazon y sentimiento matan?

No más mundo, no más; no más placeres
que así las ilusiones despedazan.
Huyamos para siempre de la vida,
dejémosla por siempre abandonada,
que la vida es el árido desierto
por dó la humana criatura marcha,
dejándose al pasar en su camino
fè, corazon, y sentimiento y alma.

Ojalá se desplomen los cimientos
dó del Orbe la máquina descansa.
Ojalá que se aplane el firmamento
y todo á peso sobre el mundo cáiga,
y venga el *caos* otra vez..... y venga
la venturosa vida de la NADA.

A UN ABANICO.

Oh, tú, blanco abanico,
que hora en mi mano estás y hace un momento,
impulsado del suave movimiento
de una mano de armiño, desplegabas
tu variado paisaje y caprichosa
varilla y agitabas
el aire, que iba luego de mi hermosa
á refrescar el cutis nacarado:
bendito una y mil veces,
sí, bendito, abanico nacarado.

Deja que ébrio de amor, de gozo lleno
te estreche yo, abanico,
contra mi ardiente seno,
mientras los labios amoroso aplico
á cada uno de tus mil *calados*
y en ellos dejo impreso
el más amante, apasionado beso.

Deja que goce un punto el alma mia
con el dulce recuerdo de mi amada,
cuya imágen vé ya mi fantasía
á través de tus piégués retratada.

Deja gozar al alma con la esencia
de aquel aroma, embriagador sin duda,
pero que hace felice mi existencia
y mi tormento á soportar me ayuda;
de aquel aroma embriagador que, unido
de tu papel al bello colorido,
dejó aquella mujer encantadora
que tanto, sí, mi corazon adora.

Deja que apure en éxtasi amoroso
la copa del placer con que me brindas,
sí me recuerda de tu dueño hermoso
tu caprichosa forma la belleza,
tu perfumado nácar la pureza.

Deja, sin miedo, que al amor me entregue
que siente el corazon y ella me inspira;
deja que yo con tus varillas juegue
soñando en un amor ¡ay! que es mentira.

Deja que una, otra vez, y mil, y ciento,
rindiendo á esa beldad pleito homenaje,
besos puros de amor, besos sin cuento
deposite, abanico, en tu paisaje.

Y cuando haya gozado
toda la dicha que el amor ofrece,
truécate, oh, abanico nacarado,
—si así bien te parece
y más dulce hacer quieres mi agonía,—
en punzadora espada,
y con ella atraviesa el alma mía,
¡ay! sin temor á que te diga nada.

MI CORAZON Y YO.

Corazon, vamos á cuentas.
Respóndeme, corazon.
Por qué acongojado, alientas
con ráuda palpitation?

Por qué, al oprimirte, siento
pena y angústia mortal?
Por qué el más leve tormento
es para tí grave mal?

Por qué, cuando yo reir
quiero, tú me haces llorar;
y me obligas á sufrir
cuando más quiero gozar?

Amas acaso, ó tal vez
aborreces, corazon?
Guardas en cada doblez
mucho ódio ó mucha pasion?

Tu violento latir,
tu incesante palpitar,

qué es lo que quiere decir,
qué es lo que quiere expresar?

Acaso que una mujer
aleve te mintió amor
y tu soñado placer,
ingrata, trocó en dolor?

O tal vez que hondo vacío
sólo en tu fondo se encierra,
é ignoras, corazón mio,
que existe amor en la tierra?

O es que el hastío cruel
con furia en tí se cebó,
y en tí puede tanto él
que nada ya puedo yo?

O es que ódias de tal manera
que hallas todo aborrecible
y no conservas siquiera
ni aún una fibra sensible?

Por qué, cuando yo te pido
un latido, tú, cruel,
siempre al dar ese latido
la muerte me das con él?

Por qué á mi voz no respondes
y mi voluntad no acatas?

Por qué tanto arcano escondes?
Corazon, por qué me matas?

Qué es lo que te pasa, dí,
qué no puedo acertar yo?
Por qué si yo digo *sí*
te empeñas tú en decir *nó*?

Dí, por qué en abierta lucha
con mi razon has de estar?
No ves que su fuerza es mucha
y te puede aniquilar?

Tal vez burlarte has querido
de mí, pobre corazon,
dándome en cada latido
una desesperacion?

Me quieres juguete hacer
de tu vida caprichosa,
como coqueta mujer
ó inconstante mariposa?

Sigues dispuesto á callar
cuando te pregunte yo?
Te obligas á palpar
á mi gusto, sí ó nó?

Nó? Dices que nó? Obcecado
en matar mi dicha estás?

Pues bien; tu intento malvado
no has de conseguir jamás.

Porque, ó dejas, satisfecho,
que impere en tí mi razon,
ó te arranco de mi pecho
con mi vida, corazon.

AL SEÑOR DON ANTONIO JOJÉ CARACUEL,
LA SEÑORA DOÑA JOSEFA SERRANO
Y SUS HIJAS ELOISA Y LEONOR.

DESPEDIDA.

¡Ah, cruel separacion
que viene á amargar mi vida!
¡Os vais!... y vuestra partida
me *parte* á mí el corazon.

Ella destierra la calma,
para siempre, de mi pecho;
ella que se rompa ha hecho
en cien pedazos mi alma.

En ella sólo al pensar
siento angustioso dolor,
pierdo todo mi valor
y no sé más que llorar.

Y ni este triste placer
puede calmar mis enojos,



que ya.... ni aún tienen mis ojos
más lágrimas que verter.

Yo que en vosotros fiaba
hallar la ventura mía,
que á vuestro lado vivía
y á vuestro lado gozaba;

Que me acostumbré á quereros
con pasión..., con frenesí,
cómo es posible ¡ay, de mí!
que me acostumbre á perderos?

¡Cómo vivir un instante
sin escuchar en mi oído
vuestro acento tan querido,
sin mirar vuestro semblante?

¡Cómo el dolor soportar
que siento, al veros partir,
si hoy mis ojos os ven ir
y nunca os verán tornar?

¡Si sólo tiene mi vida
á vuestro lado interés,
y esta despedida es
una eterna despedida?

¡Ay, de mí!... si el corazón
de tal dolor sufre el peso,

sus fibras, yo lo confieso,
no fibras, mármoles son.

.....

Mañana la inmensidad
se interpondrá entre nosotros,
y acaso.... acaso vosotros
olvidareis mi amistad.

Cuando la dicha goceis
que extraño suelo os ofrezca,
¡ay! tal vez yo no merezca
que mi nombre recordeis.

Mas de vosotros en pos
siempre irá mi pensamiento,
que en él os he dado asiento
entre mis padres y Dios.

.....

Ya siento perder la calma
y siento angustia mortal.
Sonó la hora fatal!
Adiós.... pedazos del alma!

Adiós! *Caracuel* amigo,
que en dia más placentero
de mi cariño sincero
fuiste intérprete y testigo.

Pepa... ¡adiós! tú que me viste
siempre alegre, nunca airado,
y hoy que te vés de mi lado
me hallas abatido y triste.

¡Adiós!... ¡adiós!... *Eloisa*,
cuyo acento peregrino
hizo brillar de contino
en mis lábios la sonrisa.

Leonor.... Leonor, tú, que en pos
de mi eterna despedida
te llevas mi alma y mi vida,
¡ay!... adiós!... ¡adiós!!... ¡adiós!!!

EN LA INAUGURACION
DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICO-ARTÍSTICO-LITERARIA
TITULADA ILUSTRACION NUMANTINA.

Musas, venid y en mi mente
vuestra inspiracion divina
haced que brille potente,
para cantar la *naciente*
Ilustracion Numantina.

Venid, venid y templad
las cuerdas de mi laud;
aliento á mi númen dad
y á esta nueva *Sociedad*
decid conmigo: Salud.

Salud los que, tributando
honor al arte y la ciencia,
templo les estais alzando
por dó trepar anhelando
del saber á la eminencia.



Glória á vosotros que así,
con la fé en el corazon,
venís á fundar aquí,
no un circulo baladí
sinó un centro de instruccion.

Un *centro* donde poder
alimento al alma dar;
donde el génio del saber
se difunda por doquier
sus luces al propagar.

Donde todos reunidos,
en la aplicacion constantes
y en el estudio embebidos,
hasta los más ignorantes
podremos ser instruidos.

Y tal vez, si la razon
con la voluntad se hermana
y la noble emulacion,
serán maestros mañana
los que hoy discípulos son.

No desmayeis en la empresa
que hoy aquí os ha reunido
y habeis con glória emprendido;
seguid, que la senda es esa
por dó los sábios han ido.

No desmayeis, si de abrojes
el camino hallais sembrado;
no volvais atrás los ojos,
que trás pueriles enojos
habreis la ciencia encontrado.

Volveos sinó á mirar
los que, inexpertos ayer,
hoy, á fuerza de estudiar
y á fuerza de *razonar*,
lumberas son del saber.

Mirad, mirad los que fueron
jornaleros ignorados
y de *nombre* carecieron;
hoy, que á su génio alas dieron,
son artistas afamados.

Seguid, seguid adelante
trás la ciencia, que es el *Bien*;
vuestra aplicacion constante
vuestra fé perseverante
hallarán premio tambien.

Y vosotras, oh mitad
bella del género humano,
áun más bellas en verdad
del alma por la bondad
que por el rostro galano,



Venid, venid á porfia
talento y gracia á lucir,
ya dando honor á *Thalia*,
ó haciendo, en grata armonia,
vuestra dulce voz oir.

Y todos contribuyamos
á dar brillo y esplendor
al centro que inauguramos,
y en que con razon fundamos
nuestro orgullo y nuestro amor.

Y ojalá, para victoria
del afan que hoy nos domina,
que, entre páginas de gloria,
legue su nombre á la historia
la *Ilustracion Numantina*.

HIMNO (1)

CANTADO EN EL TEATRO DE SORIA AL INAUGURAR SUS TAREAS
LA SECCION ARTÍSTICA DE LA ILUSTRACION NUMANTINA.

CORO.

*Glória á las ciencias, glória á las artes
dicen los ecos de nuestra voz,
que artes y ciencias son claras fuentes
donde bebemos la ilustracion.*

VOZ.

Venid, venid solícitos,
solícitos llegad
de la verdad científica
las glórias á cantar.
Venid y en coro unísono;
que el eco esparcirá,

(1) Puesto en música por el joven y aventajadísimo compositor D. Damian Balsa.

de la belleza artística
la inspiracion cantad.

—
Glória á las ciencias, etc.

—
Verdades axiomáticas
la ciencia enseña mil,
y el que animoso estúdialas
apréndelas por fin.
Secretos, que recónditos
natura guarda en sí,
la ciencia con su análisis
los llega á descubrir.

—
Glória á las ciencias, etc.

—
Y si el humano espíritu
cabida dió al error,
y la verdad con fútiles
sofismas confundió,
para que brille incólume
la ciencia... hay un crisol,
la razonada *crítica*,
la sana *discusion*.

—
Glória á las ciencias etc.

Venid los que estais ávidos,
ansiosos de aprender;
los que de ciencia intérpretes
sois ya, venid tambien.
Maestros y discípulos
unidos á la vez,
cantad en coro unánimes
las glórias del saber.

—
Glória á las ciencias, etc.

—
Y cuando trégua al árido
estúdio querais dar,
y quiera vuestro espíritu
hallar grato solaz,
la creacion artística
cumplida os lo dará,
bellísimas imágenes
el génio al dibujar.

—
Glória á las ciencias, etc.

—
En melodías músicas,
en colorido fiel,
en formas escultóreas
que elaboró el cincel,



y en la ficcion poética
el arte encontrareis,
que con lecciones útiles
mezclar sabe el placer.

—
Glória á las ciencias, etc.

—
Venid, los que dar pábulo
quereis á la razon
y hallar quereis la artística,
sublime creacion;
Venid, venid solícitos
y todos á una voz,
maestros y discípulos
cantad la ilustracion.

—
*Glória á las ciencias, glória á las artes
dicen los ecos de nuestra voz:
que artes y ciencias son claras fuentes
donde bebemos la ilustracion.*

A LA MEMORIA DE MI PADRE.

Padre del corazon, padre querido,
dó estás que en vano tu presencia invoco,
y tiernas frases á tus lábios pido
y no respondes á mi voz tampoco?
Yaces tal vez en sueño adormecido,
ó ya en tí puede mi cariño poco
y mis palabras y consultas nécias
con tu silencio aterrador desprécias?

Por qué no vienes, como en otros dias
más venturosos, á contarme histórias,
que tú tan bien decir, padre, sabías,
de las pasadas nacionales glórias,
de las del mundo vil postrimerias,
ó á recordar dulcísimas memórias
de aquellos tiempos que dichosos fueron
y de nosotros para siempre huyeron?

Por qué tu voz, amante y cariñosa
no suena ya en mi oido, ora ligera



narrándome una fábula ingeniosa,
ó bien aconsejándome severa,
y siempre afable, al par que sentenciosa,
mostrándome la senda verdadera
que á la virtud conduce y los honores
que supieron gozar nuestros mayores?

Por qué tus ojos, de dulzura llenos,
no están, oh padre, en mi semblante fijos
y se complacen en mirar serenos
con paternal amor á vuestros hijos?
Y por qué de mis lágrimas al menos
no miran el raudal que, en mis prolijos
pesares, vierto cuando exhala el alma
con su profundo-suspirar la calma?

.....

¡Ay! Yo recuerdo que la vez postrera
que tu mirada se fijó en la mía,
triste mirada y fugitiva era
que de dolor mi corazón partía.
Y yo recuerdo que de blanda cera
luz mortiguada junto á tí lucía,
y un crucifijo con latino mote
te mostraba en su mano un sacerdote.

Y el ministro de Dios con óleo santo
tus carnes cadavéricas bañaba,

y tu lábio, movable appena, en tanto
sagradas oraciones murmuraba.

Y de mis ojos abundoso llanto
al ver tu cuerpo exánime brotaba,
y en mi continuo sollozar creía
que el alma en cien pedazos se rompía.

Y.... no recuerdo más, que de tu lecho
me apartaron entónces los que, amantes
de la amistad que les guardó tu pecho,
á tu amistad quisieron ser constantes;
y círculo formando asaz estrecho,
y pintado el dolor en sus semblantes,
el último suspiro de tu boca
disputábanse, en fin, con ánsia loca.

Luego en los brazos de la madre mia
busqué consuelo á mi dolor insano,
y ella tambien de lágrimas vertía
raudal copioso que enjugaba en vano;
y al par que sus abrazos compartía
y sus besos con uno y otro hermano,
gritaba así mi acongojada madre:
¡Hijos del alma!... Ya no teneis padre!

Y el llanto se aumentaba, y los quejidos
del corazon llenaban el ambiente,
y eran más continuados sus latidos

y su mudo latir más elocuente.
Y en el comun dolor nuestros sentidos
embotados, turbada nuestra mente,
ni aún se atrevieron á rezar los lábios
por no causar á nuestra pena agrávios.

.....

Mas yo deliro, y si cruzar advierto
negros fantasmas que la muerte llevan,
no es que tú seas, padre mio, muerto,
no es que su fúria en tí las *Parcas* ceban
ni que es el fin de tu existencia cierto.
Ellos tan sólo mi delirio prueban
y el *sueño* de mi mente enloquecida,
¡Cómo muriendo tú tener yo vida?

Imposible! — La sangre de tus venas
circula por las mias, y pues vivo
y de tu sangre, en fin, las siento llenas,
que tú vives tambien, padre, concibo.
Y son soñadas mis crueles penas,
y no hallo á mi dolor justo motivo
ni hallo razon á mis plegárias tristes,
pues existiendo yo claro es que existes.

Más ¡ay! no he visto que sus negras alas
fiera la muerte sobre tí tendía?
No he visto preparar fúncbres galas

que tu cadáver yerto luciría?
Y no veo ¡ay, de mí! que ya no exhalas,
padre querido, como en otro día,
tiernos suspiros que con dulce calma
iban desde tus labios á mi alma?

Y no veo ¡ay, de mí! de luto y llanto
sembrado nuestro hogar? Los ojos míos
no miran con dolor y con espanto,
en la mansion de los sepulcros fríos,
un sitio que me infunde terror santo;
y en caracteres por demás sombríos
no he leído tu nombre, en triste enlace
con las fúnebres letras: *Aquí yase?*

Sí, sí; verdad, pero verdad horrible
lo que ilusión fué sólo á mi deseo:
triste verdad que yo juzgo imposible,
pues sin el tuyo en mí existir no creo:
amarga realidad más increíble
cuanto más clara en mi razón la veo,
pero verdad, en fin; tu cuerpo inerte
duerme el profundo sueño de la muerte.

¡Ay! Ya la luz de la rosada aurora
no brillará para tus negros ojos,
ni con su alegre trino ave canora
á disipar vendrá ya tus enojos.

Aunque se viste con sus galas *Flora*
dar no puede placer á tus despojos,
ni de *Febo* la luz resplandeciente
puede alumbrar tu encanecida frente.

Ya no vendrás, como en mejores dias,
á compartir conmigo tus azares,
ni conmigo á reir tus alegrías
ni á lamentar conmigo tus pesares.
Ya no podrás, entre las manos mías
las tuyas enlazar, y los cantares
repetirme de bardos que existieron
y honor de Grecia y de la Italia fueron.

Ya tu armoniosa voz en mis oidos
no podrá resonar grande, elocuente,
ni contar de tu pecho los latidos
podrá tampoco mi abrasada mente.
No podrán contemplar embebecidos,
tristes mis ojos, tu anchurosa frente,
ni unirme puedo á tí con dulce lazo
cobrando nueva vida en cada abrazo.

Ya cuando el sol sus rayos luminosos
por la tierra difunda. padre amado,
y la luna tambien sus misteriosos
reflejos nos envíe, en el sagrado
silencio de la noche: cuando hermosos

los astros brillen, ¡ay! hasta el helado
sepulcro que tus restos deposita
puede sólo llegar su luz bendita.

Ya sólo, padre, en la memoria puedo
conservar el recuerdo de que *fuiste*,
y allí mezclar con mi dolor acedo
el pasado placer que ya no existe.
Y cuando infunden al dichoso miedo
las sombras de la noche, al par que al triste
consuelo dá su lobreguez oscura,
con lágrimas regar tu sepultura.

Y desde el fondo mismo de mi alma
á Dios rogar, con fervoroso anhelo,
que te conceda la dichosa calma
de que gozan los justos en el cielo.
Y yo entre tanto del dolor la palma
sufiré resignado, y mi consuelo
será el unir á mi piadoso canto
el raudal infinito de mi llanto.

Á LA LUNA.

EN LA AUSENCIA DE MI AMADA.

Plácida luna, que en la azul esfera
haces brillar tus argentinos rayos
y en torno giras del terrestre globo,
oye mis súplicas.

Cruza el espacio que de mí separa
bella mujer á quien adoro amante,
y á aquella ninfa del amor ¡oh Luna!
dile que muero.

Dile que lentas de mi vida pasan
y tristes por demás cuento las horas,
desque con llanto de dolor acerbo
lloro su ausencia.

Que desde el punto en que los ojos míos
partir la vieron, ¡para siempre acaso!

no halla ventura el corazon, ni el alma
tiene consuelo.

Que ya la calma de mi pecho es ida
y que á mi pecho retornar no puede;
que la esperanza de vivir dichoso
ya en mí no existe.

Que ni las aves con sus dulces trinos,
ni con su aroma embriagador las flores,
ni el arroyuelo con su linfa clara
dánme alegría.

Ni los destellos de la roja lumbre
con que ilumina el sol mares y tierra;
ni la oscilante luz con que en el cielo
brillan los astros;

Ni las aéreas, vaporosas nubes
de grana y oro, de zafir y nácar,
que en confuso tropel por el espacio
cruzan veloces;

Ni la Natura, en fin, con su belleza,
bastante son á desterrar el luto
del corazon, ni á devolver al alma
su fé perdida.

Díle qué en ella mi ventura cifro,
que ella es mi vida y mi esperanza sólo,

y como lloro de su lado ausente,
vivir no puedo.

Dile que toda mi existencia es suya,
que suyos son mis pensamientos todos
y que la sangre que en mis venas hierve,
hierve por ella.

Y que si quiero de la mente mía
con su recuerdo desterrar su imágen,
para lograrlo necesario fuera
quitarme el alma.

Corre, y la luz de tu radiante disco
fije sus rayos en su frente pura
para decirle que por ella muero,
muero de amores.

Y si aún mi nombre en su memoria vive,
y al contemplar tu luz lanza un suspiro,
y se dibuja en sus hermosos labios
dulce sonrisa;

Vuelve á mi lado tú, pálida Luna,
para beber su amor en tus destellos
y, renaciendo la esperanza mía,
morir de gozo.

Pero si vés que ya de su memoria
hasta mi nombre desterró la ingrata,
y, aunque por grande se lo ofrezco y puro,
mi amor desprecia,

No tornes, Luna, cabe el lado mio,
porque los rayos de tu luz entónces
verterian sus pálidos reflejos
sobre mi tumba.



Á UNA LÁMPARA.

Oh, tú, que alumbraste un día
la estancia donde solía
mi amada bella habitar,
qué triste melancolía
me viene tu luz á dar!

Aquéllas rápidas horas
que á su lado encantadoras
á tus reflejos conté,
lentas y desoladoras
hoy pasar el alma vé.

Ya sus miradas tranquilas
en mis ardientes pupilas
no podrán fijarse más,
ni tú, con la luz que oscilas,
su semblante alumbrarás.

Ya no sentirás enojos
al lucir tus rayos rojos

de la noche en el capuz,
que ya aquí no están sus ojos
para deslumbrar tu luz.

Ya puedes alegre, ufana,
sin la envidia soberana
que te causaba mi amor,
hacer que brille galana
tu llama con su esplendor.

Ya engreida y orgullosa,
tú, lámpara caprichosa,
me puedes tu luz prestar;
mas ¡ay! tu luz, aunque hermosa,
no puede mi alma alumbrar.

Que mi alma no halla sosiego,
y que el llanto en que me anego
no me deja tu luz ver;
que yo, lámpara, ¡estoy ciego!...
Me cegó aquella mujer.

Y en mi ardiente fantasía,
y dentro del alma mía,
y dentro del corazón,
sólo veo la agonía....
la muerte de mi ilusión.

Y veo que los placeres
que á los hombres y mujeres

se brindan con frenesí,
existen para otros séres
y han muerto ya para mí.

Porque el placer no se ha hecho
para el amoroso pecho
que sabe en silencio amar,
y por el amor deshecho
sabe muriendo callar,

Cuando la mujer querida,
que es árbitro de su vida
y es árbitro de su bien,
no puede curar su herida
sinó con frío desden.

Cuando la mujer que se ama
por todo su sér derrama
para algun otro su amor,
y de nuestro amor la llama
mira siempre con rigor.

Esto sólo ven mis ojos,
que están por el llanto rojos;
y ocupados en llorar
de mi alma los enojos,
no pueden tu luz mirar.

Así, lámpara, no alientes
tus rayos resplandecientes

mis pupilas para herir,
que aunque tú alumbrarme intentes
no puedo verte lucir.

Y no pretendas el velo
de mi triste desconsuelo,
no, con tu luz descorrer,
que, airado entónces, al suelo
te haré en pedazos caer.

Y tu llama centellante
se extinguirá en el instante
que llegue el suelo á tocar,
y ya nunca mi semblante
podrá tu luz alumbrar.

Y tu forma caprichosa
no lucirás orgullosa
cuando, hecha pedazos mil,
del pavimento en la losa
ruedes de *aquí* para *allí*.

Pero nó, lámpara mia,
no temas que airado un día
de tí me separe yo,
ni que loco, en mi agonía,
vaya á destrozarte, nó.

No temas que tus destellos
huya por ser menos bellos



que los destellos que ví,
¡ay! en los ojos aquellos
que me cegaron á mí.

Perdona si, en el quebranto
del terrible desencanto
que siente mi corazon,
te ofendí: mira mi llanto
y ten de mí compasion.

Vuelve á lucir pura y bella,
¡ay! como la noche aquella
en que, por primera vez,
á tus reflejos ví de *ella*
la hermosa, encendida tez.

Y tú, que alumbraste un día
la estancia donde solía
mi amada bella habitar,
ven hoy mi melancolía
con tu luz á disipar.

LAS CUATRO ESTACIONES.

A LA MUJER.

Belleza, catorce abriles,
mirada dulce y tranquila
revelando en la pupila
los caprichos infantiles.
Juegos y bromas pueriles,
candor y gracia hechicera,
alguna que otra quimera
por galanos atavios
y principio de amoríos.
Esa és tu *Primavera*.

Veintiun años, hermosura,
mirada ardiente, de fuego,
y más que inocente juego
estudiada travesura.
Pasion hasta la locura,
amor hasta *enflaquecer*.

vigilia por el placer,
deseos por el casar
y afición á figurar.
Ese es tu *Estío*, mujer.

Restos de figura hermosa,
treinta y ocho años de edad,
deseos de sociedad
y aún mayores..... de otra cosa.
Un *si es..... no es.....* envidiosa,
afición á lo visoiño,
mucho lazo, mucho moño,
algun que otro relicario
y principio de rosario.
Ese, mujer, es tu *Otoño*.

A los cincuenta llegó.
Ya el *bello sexo* no existe
ó conserva sólo un triste
recuerdo de que existió..
Amor..... *caret* ya pasó,
lo más sueña con un yerno,
y es su pensamiento eterno
comer, gruñir, murmurar,
hacer calceta y rezar.
Ese, mujer, es tu *Invierno*.

Pero, en fin, sea cualquiera
la *estacion* de la mujer,
yo, francamente, quisiera
que jamás por compañera
la dejara de tener.

PERCANCES DEL AMOR.

Brilla la luz de la rosada aurora
y aún, bajo tu ventana,
el galan que te adora
pulsa el laud para cantarte amores
y proclamarte reina de las flores.

No abandona su puesto,
sueña con que los dos sereis felices;
alza la frente.... se *descuelga* un tiesto
y al trovador le aplasta las narices.

EPÍGRAMA.

Dicen que Julia es tramposa
sus deudas para pagar:
mas yo bien puedo negar
especie tan calumniosa.
A defenderla resuelto,
digo y juro de buen grado
que los besos que le he dado
todos me los ha devuelto.



Á CÉLIA.

Tus bellos ojos, cuyo azul retrata
el azulado plácido del cielo;
tus labios de coral, tu frente hermosa
y el oro de las trenzas de tu pelo;
tu sonrisa graciosa,
tu talle esbelto, tu cintura leve,
la cándida blancura de tu rostro
que envidiaría para sí la nieve:
y tu presencia, en fin, que es la presencia
á que más *gracias* dió la Providencia,
cáusas son que me mueven, Célia mia....
á *ver* la luz del Sol cuando es de día.

MI DOLOR.

No es tu desden, no es tu desden, ingrata,
lo que me hace sufrir, lo que me apena,
ni tengo el alma de dolores llena
por el rigor con que tu amor me trata.

No es mi pasión febril, loca, insensata
la que á tormento horrible me condena,
ni el verte á mi pasión sorda y agena
es lo que así mis alegrías mata.

No es causa del dolor con que batallo,
ni origen es de mi cruel tormento
la tenaz resistencia que en tí hallo.

Lo que me duele, y en el alma siento
su terrible dolor, ¡ay! es... un *callo*
de los seis mil veintiuno con que cuento.

MI PORQUÈ.

¿Sabes por qué, cuando el ave
saluda al naciente día,
sabes por qué, vida mia,
no estoy de tus rejas cabe
la pintada celosía?

¿Sabes por qué no despierto
cuando me llama tu amor?
¿Sabes por qué tu dolor,
alma mia, no divierto
cual cumple al buen amador?

¿Sabes por qué diligente
en servirte no se afana
mi pasión, aunque vehemente,
Nó?—Pues es tan sólomente....
porque no me dá la gana.

EPÍGRAMA.

Dicen las gentes, Aurora,
que en el fondo de tu alma
tiene la virtud su palma
y el amor tiene su altar.
Mas al contemplarte ahora,
bella como siempre, noto
que aquella *palma* la ha roto
algun *santo* titular.

MÁS CANTARES.

Al Sol le prestan tus ojos
la belleza y el calor;
por eso el Sol es hermoso
y por eso quema el Sol.

Entre el nacer y el morir
puso la existencia Dios,
y en ella vive el placer
siempre á expensas del dolor.

Para mitigar mis penas
sólo encuentro dos remedios;
la esperanza de la gloria
y el placer de los recuerdos.

Si en alas de tu hermosura
te remontaras al cielo,
y desde allí te cayeras.....
¡qué porrazo tan tremendo!

Si tienes el corazon
como tienes el mirar,
¡qué corazon tan torcido
el tuyo, niña, será!

La vida es un mar que agitan
las olas de la pasion,
y la virtud es el puerto
único de salvacion.

El mundo es un pergamino
y las lágrimas son tinta
con la que escriben los hombres
los pesares de la vida.

Los ojos son las *ventanas*
por donde el alma se asoma.
No hay duda que por algunos
verá el alma buenas cosas.

La mujer es *mujer* sólo
hasta que madre no es;
pero en llegando á ser madre
es un ángel la mujer.

Me quisiste, me olvidaste;
yo te quise y te olvidé:

pues estamos tan iguales
como más no puede ser.

Las lágrimas de tus ojos
no son lágrimas, son perlas.
Por eso hay tanto ambicioso
que te hace, niña, verterlas.

No creas en el amor
que de oropeles se ciñe,
porque es un amor tan falso
como las piedras que viste.

El amor y el interés
se juntaron en tí, niña;
el interés fué más grande
y fué más grande tu ruina.

Si en algo estimas tu honor,
no les digas á las gentes
que, por *conocerte* tanto,
dejé ya de conocerte.

PERDER Y GANAR A UN TIEMPO.

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO.

PERSONAJES.

LUISA..... JUAN.
JULIO..... RAMON, *criado de Julio.*

La escena pasa en Madrid.

ACTO ÚNICO.

Sala lujosamente amueblada en casa de Julio.— Puertas laterales y otra en el fondo. A la derecha un sofá: á la izquierda un velador, y junto á él una butaca.—Sobre el velador algunos libros y papeles.

ESCENA I.

JULIO y LUISA, sentados negligentemente, aquél en el sofá y ésta en la butaca, dando muestras de recíproco enojo.— Por algunos instantes se dirigen á hurtadillas miradas de investigacion, cuidando de que no sean encontradas.

JULIO. (*Volviéndose á Luisa.*)

Qué?

LUISA. (*Id. á Julio.*) Decías?

JULIO.

Habla.

LUISA. No,
si eras tú quien iba á hablar.

JULIO. No, tú debes empezar.

LUISA. Yo nada digo.

JULIO. Ni yo.

(Vuelven á su primitiva actitud.—Páusa.)

LUISA. *(Que habrá ojeado algunos papeles.)* Julio!

JULIO. *(Principia el ataque.)*
Qué? *(Volviéndose á Luisa.)*

LUISA. No te llamo.

JULIO. He oído.....

LUISA. Sí, tu nombre que he leído
ojeando el almanaque.

(Vuelven como al principio.—Páusa.)

JULIO. *(Levantándose bruscamente vá hácia Luisa.)*
¡Luisa!

LUISA. *(Levantándose asustada.)*

¡Ay! Me has asustado.

¡Qué génio tan brusco tienes!

JULIO. Es que estoy con tus desdenes
por demás impacientado;
que ya me canso de oírte.....

LUISA. Si no he dicho una palabra!

JULIO. Y quiera Dios que no se habra
tu boca. *(Luisa rie.)* Puedes reírte,
que no me causa tu risa
enojo.

LUISA. Y quién no riera
al verte de esa manera?...

JULIO. Ea! Concluyamos, Luisa.
Yo creí un tiempo en tu amor
hallar la ventura mia,
y lo que soñé alegría
veo trocado en dolor.
Yo creía en tí encontrar
el tipo de amor perfecto,
mas.... tenias un defecto
que yo no pude apreciar.
Y... ya se vé, enamorado
estaba de tal manera
que todo en tí bello era,
feo, tuerto ó jorobado.
La ridícula manía
del romanticismo atroz
con que batalla tu voz,
tan vulgar como la mia;
ese continuo leer
los románticos poetas,
que en desastrosas quartetas
te dán veneno á beber:
Toda esa jerga embrollada,
cuando aun mi esposa no eras,
me daba placer, de veras,
y hoy, Luisa, me desagrada.

Sí; porque hoy descubro en tí
la mujer frívola, vana,
que todo en saber se afana,
sin saber cuidarme á mí.

Mucho de charla importuna
y prosáica poesía
desque el sol su luz envía
hasta que alumbra la luna.

Y en tanto veo saltar
un boton á mi camisa,
y tú no sabes, no, Luisa,
aquese boton pegar.

Y la casa abandonada
está siempre, de contado,
al capricho de un criado
y á merced de una criada.

Vamos, esto, ya comprendes,
no puede seguir así,
conque yo espero de tí
enmienda pronta; me entiendes?

LUISA. *(Siempre con afectada entonacion.)*

Hombre ignorante, escucha:

Cómo quieres á un tiempo
envolver del ingenio la hermosura
con la materia, de las almas pobres
fétida, cenagosa, torpe hechura?

Cómo quieres que borre

memorias de Boscan y Garcilaso,
de Lesbos la inspirada poetisa.
y me entretenga al paso
en pegar un boton á tu camisa?
Cómo quieres, estúpido ignorante,
que dé al olvido á Herrera y á Rioja
y los versos suaves de Cetina,
y que la escoba entre mis manos coja
para barrer la sala y la cocina?
No puedo; si en eso dás
mi desgracia, Julio, labras.

JULIO. (No he oido en menos palabras
más desatinos jamás.)
Conque en fin, Luisa, te niegas
á complacerme?

LUISA. Sí, sí;
no hacen fuerza para mí
las razones que tú alegas.

JULIO. Luego prefieres gozar
tu ajada literatura,
despreciando la ventura
de tu doméstico hogar?
Sea, pues, Luisa; muy bien,
mas sin el menor reparo,
guerra á muerte te declaro;
veremos quién vence á quién.

LUISA. Guerra!... Y qué me importa á mí



la guerra que me declares?
Yo sabré en todos lugares
y tiempos vencer de tí.

JULIO. Aguardemos, pues, el fin
de estas escenas los dos.
Mujer romántica, adiós.

LUISA. Adiós, ignorante ruin.

*(Se separan precipitadamente.—Julio por la
puerta de la derecha.—Luisa por la de la izquierda.)*

ESCENA II.

RAMON, que aparece al final de la escena anterior con
una carta en la mano.

Bravo! Tormenta tenemos!
Caso extraño y singular,
un hombre que se ha casado
enamorado hasta más
no poder, y que hace apenas
tres meses que fué al altar
á recibir de la iglesia
la bendición conyugal;
un hombre que no tenía
más deseo ni otro afán
que complacer á su esposa
y hacer su dicha además....

Vamos, yo á explicar no acierto
en don Julio, cámbio tal.
Cierto es que la señorita
es algo tonta, en verdad,
y que hace mil gerigonzas,
sobre todo para hablar.
Pèro en cámbio, es muy amable
y no se mete jamás
en si es caro ó es barato
lo que yo voy á comprar,
y me permite que vaya
á Chamberi y á Tetuan
y no me regaña nunca
aunque tarde en regresar.
Yo no sé por qué den Julio
se muestra con ella tan
arisco, tan vinagroso
como estos días lo está.
Pero en fin, á mí estas cosas
ni me vienen ni me ván,
ellos sabrán lo que se hacen;
lo que fuere sonará.
Dejaré esta carta aquí
y Dios dirá lo demás.

(Deja la carta sobre el relador.—Váse por el fondo.)

ESCENA III.

JULIO sale de su habitacion y pasea apresuradamente por la escena.

Sí, guerra á muerte tendremos
y verémos
mi carísima mitad,
si eres tan fuerte en la lucha
como es mucha
tu romántica ansiedad.

(Pequeña pausa.)

(Al cruzar por el lado del velador, vé la carta que dejó RAMON y la coje.)

Una carta! Por mi vida, *(Mirándola)*
conocida
me es la letra, más no sé
á quien diablos pertenece.

(Continúa mirándola, y al fin dice con resolucion:)

Me parece
que abriéndola, lo sabré.

(Abre la carta, y después de leerla, esclama:)

Maldicion, y de qué modo,
todo, todo
se conjura contra mí!
Nunca, nunca como ahora
tan traidora

seguirme la suerte ví!
Juan me anuncia su llegada,
y ¡ay! es nada
lo que me espera al venir;
al encontrarme casado,
de contado,
no cesará de reir.
Recordará aquella apuesta,
que por fiesta
en tiempos de buen humor
hice, y que pagar debiera
el que fuera
víctima antes del amor.
Y lo peor no sería,
á fé mía,
la apuesta aquella perder,
sinó á Luisa presentarle
y anunciarle
que era Luisa mi mujer.
Y digo, él, que no consiente
exigente
á ninguna esposa ver,
no se reiría poco
de mi loco,
estúpido proceder.
No, no; antes que chillona
y burlona

llegue sa risa á escuchar,
quiero urdir un embolismo
que yo mismo
no lo acierte á descifrar.

(Pequeña pausa.)

Soberbia, soberbia idea;
puesta sea
al punto en ejecucion,
á ver si engañar consigo
á mi amigo.

(Llamando.)

Eh! Ramon! Ramon!! Ramon!!!

ESCENA IV.

JULIO.—RAMON.

RAMON. Qué se ofrece, señorito?

JULIO. Mira, Ramon, mi mujer.....

RAMON. (Qué diablos querrá decirme!)

JULIO. Está loca.

RAMON. *(Con mucha estrañeza.)* Cómo? Qué?

JULIO. Está loca, y además..... *(Con misterio.)*

Luisa no es mi esposa.

RAMON. *(Con viva sorpresa.)* Eh?

JULIO. Lo que oyes.

RAMON. (Vamos á cuentas,
el loco es ella ó es él?)

Pero, por Dios, señorito,
no así se chancée usted,
Cómo quiere usted hacerme
tol desatino creer,
cuando yo mismo le he visto
recibir en *San Ginés*
la bendicion que le une
para siempre á su mujer?

JULIO. No importa.

RAMON. Cómo! Nó importa?

(Ya lo dije, el loco es él.)

JULIO. Yo no niego estar casado.

RAMON. Vaya si lo niega usted!

JULIO. Nó lo niego, lo que niego
es que Luisa es mi mujer:
me entiendes?

RAMON. Ni una palabra.

JULIO. Pues yo me explico muy bien.

RAMON. Así será: pero, entónces,
la mujer de usted, quién es?

JULIO. Eh, torpe, ninguna.

RAMON. Ménos
le entiendo á usted cada vez.

JULIO. Pero, Ramon, no habrá medio
de hacértelo comprender?

RAMON. Si usted mejor se explicara,
señorito, puede que....

JULIO. Vamos, me veré obligado,
malhaya tu estupidez,
à decírtelo, Ramon,
todo ello *cé* por *bé*.
¡Oh!, mentira me parece
que seas el chico aquel
que en mis tiempos de aventuras
mostraba tanto saber;
en que á un simple movimiento
de las manos ó del pié,
ya sabias tú, Ramon,
lo que tenias que hacer.

RAMON. Ah! De aventuras se trata?
Entónces.....

JULIO. Entónces qué?

RAMON. Que me quedo tan á oscuras
como ántes.

JULIO. Está bien;
veo que no eres el mismo
de hace cinco años ó seis.

RAMON. Como hace ya tanto tiempo
que no se entretiene usted
en aquellas aventuras,
no es extraño.....

JULIO. Si lo es,
porque siempre la memoria
te ha sido, Ramon, muy fiel.

Pero, en fin, pues que es preciso
hablarte claro, lo haré.

Te acuerdas de Juan?

RAMON. De Juan?

JULIO. Sí, Juan, mi amigote aquel.....

RAMON. (*Recordando.*)

Ya sé; buen mozo y más loco
que los que hay en Leganés.

JULIO. Justamsnte.

RAMON. Me parece
mentira que sea usted
el don Julio de aquel tiempo,
que no pensaba más que
en bromas y en diversiones
y en comidas, y en correr
aventuras amorosas,
no todas de buena ley.
Aun me acuerdo yo de algunas
que pudiera.....

JULIO. Cállate,
que tú, en dejándote hablar,
te desbordas sin querer.
Amás, eso no hace al caso;
el tiempo aquel ya se fué.

RAMON. Y no volverá!

JULIO. No importa.
Vamos al asunto, pues.

Juan vá á venir á Madrid,
mejor dicho, ya está en él,
y le veremos, sin duda,
de un momento á otro.

RAMON. (*Con regocijo.*) ¡Oh placer!

JULIO. ¡Oh dolor! has de decir.

RAMON. Por qué?

JULIO. Tú no sabes bien
la desgracia que me espera
si Juan llega á comprender
que estoy casado.

RAMON. ¡Don Julio!
crée usted una avilantez
de ese género, en su amigo?

JULIO. No, no es eso.

RAMON. Pues qué es?

JULIO. Eres, Ramon, muy curioso.

RAMON. Razon que le sobra á usted.

JULIO. Nada te importa el saberlo,
sino servirme

RAMON. Lo haré;
ya sabe usted, señorito,
que le tengo mucha ley,
y por servirle, daría
mi vida.

JULIO. Gracias.—Pues bien;
es fuerza que á Juan ocultes

mi enlace con Luisa, y que
le hagas creer que es mi hermana
y que está loca á la vez.
Comprendes ahora, Ramon,
lo que te digo?

RAMON.

Sí, á fé.

Y si hubiera usted al principio
hablado tan claro... pues....
le hubiera á usted comprendido
como ahora.

JULIO.

Bien lo sé;

pero atendiendo á tu mucha
imaginacion, ¡pardiez!
yo creí que descifraras
al punto el enigma aquel.
En fin, ya sabes mi intento.
Ahora, Ramon, déjame,
y no olvides avisarme
cuando venga Juan.

RAMON.

Muy bien:

descuide usted, señorito,
que sin falta así lo haré.

(Marchándose.)

*(Qué diablo de enredo es este
que no acierto á comprender!*

(Desaparece por el fondo).

ESCENA V.

JULIO.—LUISA.

JULIO. Si Juan está pocos días
en Madrid, le engañaré;
después se marcha, y Dios sabe
cuando le volveré á ver.

LUISA. (*Saliendo de su habitacion.*)
Señor marido.....

JULIO. Esposa!...

LUISA. Mucho sintiera,
si en mala hora vengo....

JULIO. Buena y muy buena,
señora mia,
que nunca me incomodan
vuestras visitas.

LUISA. ¡Jesús, Jesús, qué amable!
No así creyera
hallar al compañero
de mi existencia,
cuando hace poco
que hubia de mi lado
rápido y loco.

JULIO. No es tu presencia, Luisa,
la que me estorba;
son tus locas manías

tu charla, imprópia
de las mujeres,
que cifrada en su esposo
su dicha tienen.
Son esas frases sándias
que nada dicen,
que ni muestran talento,
ni hacen felice
á quien las oye,
porque son disparates
y no razones.

LUISA. Pero Julio, mi Julio,
mi tierno esposo,
por qué quitarme ese
dulce reposo?
La poesía
es el placer más grato
del alma mia.
Dónde dicha mas grande,
mayor ventura,
que recorrer la bella
literatura,
y alimentarse
con tiernas elegias,
dulces cantares?
Con ellos se embelesa
plácida el alma,



- y remonta hasta el cielo
puras su alas.
- JULIO. Sí, pero en tanto,
ni está buena la sopa
ni los garbanzos.
- LUISA. ¡Jesús, qué prosaismo,
venir ahora
del alma con los goces
á unir la sopa!
- JULIO. Qué desatino,
hablar de poesía
con un marido!
- LUISA. Pero, Julio, por Cristo!
- JULIO. Por Cristo, Luisa!
- LUISA. Por la Virgen del Cármen!
- JULIO. Por Santa Rita!
- LUISA. Deja sandeces.
- JULIO. Deja tú tonterías
que á nada vienen.
Tú vives engañada,
Luisa querida,
á tí te vuelve loca
la poesía,
te roba el juicio.
- LUISA. Y á tí te roba el alma
tu prosaismo.
- JULIO. Però comprende, Luisa.....

LUISA. Comprende, Julio.....

JULIO. Que tengo mil razones.....

LUISA. Que bien arguyo.....

JULIO. Que eres muy tonta.

LUISA. Que eres tú muy estúpido.

(Vuelve por otra.)

JULIO. Que me canso de oírte.

LUISA. Que eres muy tonto.

JULIO. Que por nécia te tienen.

LUISA. Y á tí por loco.

JULIO. Que dás hastío.

LUISA. Que eres muy insufrible.

JULIO. Mujer!....

LUISA. Marido!....

(Quedan mirándose frente á frente.)

JUAN. (Dentro.)

Quita allá.

RAMON. (Id.) Pero, D. Juan.....

JUAN. (Id.) Quita allá. Cuándo se ha visto

que al entrar en esta casa

necesite tu permiso?

(Entra por la puerta del fondo en traje de camino.)

ESCENA VI.

DICHOS.—JUAN.

JUAN. Julio!

JULIO. Juan! (Se abrazan.)



JUAN. (*Con profunda reverencia á Luisa.*)

Señora mía.....

(*Luisa contesta con un movimiento de cabeza.*)

(*Al oído á Julio.*)

Cómo! No me habias dicho.....

JULIO. (*Lo mismo á Juan.*)

Ya te explicaré.

LUISA. Señores.....

dispensad si me retiro.

(*Se vá por la izquierda.*)

JUAN. (No es amiga de estorbar,

(*Viéndola marcharse*)

Y lo siento; buen palmito.)

ESCENA VII.

JULIO — JUAN.

JUAN. Otro abrazo.

JULIO. Toma cien.

JUAN. Conque cómo te has portado
en mi ausencia? Te has casado?

JULIO. (Malo!) No, chico.

JUAN. Muy bien.

Me alegro, Julio.—El amor
es niño, y hay que tratarle
como á niño, y engañarle

sinó ha de darnos dolor.
Nos adora una mujer
y la adoramos rendidos,
y al tocar á ser maridos
nos hastía su querer.
Ella en el amor confía
y su amante la embelesa,
llega á ser marido y cesa
el amor que le tenía.
De modo que él como ella
de amantes viven amando,
se casan..... y renegando
están siempre de su estrella.
Así, chico, en esta vida
al que de amor se alimenta
le trae mucha más cuenta
vivir con una querida.
Cumple de amor su deseo
con la mujer que le encanta,
y si le cansa... .. la planta
en la calle..... y *laus-deo*.

JULIO. Te diré. (Bueno será
prevenirle por si acaso.....)
El hombre al dar ese paso
no tiene razon quizá.

JUAN. Cómo! Voto á San Antonio!
con réplicas te me vienes,

tú, que en cuanto á amor sostienes
las máximas del demonio?

Y digo, cuando hace poco
que he visto aquí una mujer
que debe, sin duda, ser
tu querida.

JULIO. No seas loco.

JUAN. Pues, Julio, yo, por mi vida,
no descubrí aquí otra cosa.
Esa mujer no es tu esposa.....

JULIO. No, Juan.

JUAN. Luego es tu querida.

JULIO. Tampoco, tampoco, Juan.
Tu sospecha, ahora, es liviana.
Esa mujer es mi hermana.

JUAN. Hermana!.... Sí, por Adam.
Vénme con cuentos á mí.

JULIO. Te lo digo muy formal;
Luisa es mi hermana carnal.

JUAN. (*Sonriendo con malicia.*)
Yá!.... También lo creo así.

JULIO. No hay razón que bien te cuadre.

JUAN. Ninguna si así ha de ser.

JULIO. Pues bien, Juan, esa mujer
es la hija de mi padre.

JUAN. Chico, lo dices de un modo
que me obligas á creerte.

Mas cómo ahora de esta suerte,
si antes.....

JULIO. Te lo diré todo.

Tú te extrañas, ¿no es verdad?
de mirarme acompañado
de un sér para tí ignorado
en nuestra larga amistad.

Mas tu asombro se concilia
con saber que yo he pasado
muchos años alejado
del seno de mi familia.

Y á tí que me has conocido
siempre solo y calavera,
es natural, Juan, te altera
la confesion que has oido.

JUAN. Nó; lo que me extraña más
de todo lo que has contado,
es que tú no me has hablado
de tal hermana jamás.

JULIO. Eso te extraña?—No sé
por qué. Conoces mi porte.
¿Cuándo, estando yo en la córte,
en mi familia pensé?
Juan, crees tú que en Madrid,
disfrutando mil delicias,
no olvidamos las caricias
de aquella madre infeliz

que en su seno nos durmió,
que nos arrulló en la cuna?
¿Crees tú que guardé alguna
memoria para ella yo?

Y aun siendo así, vive Dios,
tú, que has vivido conmigo,
cuándo de familia, amigo,
hablamos nunca los dos?

JUAN. Es verdad; somos ingratos
con los seres que nos aman.

JULIO. Sí, Juan, y cuando nos llaman
despreciamos sus mandatos.
Seguiré.

JUAN. Abrevia la historia,
si puedes, Julio.

JULIO. Lo haré.

Y mi historia seguiré
con una triste memoria.
Murieron mis padres; Luisa
seis años aun no contaba,
y ya privada quedaba
de una maternal sonrisa.
Yo, aun cuando joven, pensé
de Luisa en la situación,
y por darla educacion
á un convento la llevé.
Allí estuvo algunos años,

y ya del cláustro cansada
quiso echar una mirada
del mundo por los engaños.
La traje, pues, á Madrid,
mas con tan fatal estrella,
que al plantar aquí su huella
dió en ser loca la infeliz.

Así, siempre la verás
con acento dolorido
quejándose de un marido
que no ha tenido jamás.

Habla amás de poesía,
sus modales exagera,
y pasa la vida entera
con esa rara manía.

Puede extrañarte tal vez,
pero esta la historia ha sido.

(Nunca creo haber mentido
con tanta desfachatez.)

JUAN. Atónito me has dejado
con tu historia peregrina.
Y qué lástima, es divina
tu hermana; me ha enamorado.

JULIO. (Diablo!)

JUAN. Y quién sabe, tal vez
puede llegar algun día
en que olvide su manía



y vuelva á su sensatez.
Puede que, hallando un amante
que la idolatre rendido,
encuentre ella ese marido
de su locura causante.

JULIO. Cá!.... Nó!.... (Tendría que ver!)

JUAN. Todo estará en encontrarlo.

JULIO. (A que en lugar de arreglarlo
lo he echado todo á perder!)
(Nos pondremos en acecho
por si acaso.....) (*Marchándose.*)

JUAN. Te vás?

JULIO. Sí;

pronto vuelvo, espera aquí.
(Pues señor, buena la he hecho.)
(*Entra en su habitacion.*)

ESCENA VIII.

JUAN, solo.

Historia bien singular!
Quién habia de pensar
que este muchacho algun dia
tendría en su compañía
una hermana que guardar?
Y digo, es nada la cosa,
una hermana tan hermosa

y que ha dado en la locura
de soñar con la ventura
que concibe en una esposa.
El lance tiene que ver,
es chistoso á mi entender.
¡Oh, Julio, Julio ¡ay de mí!
tú cuidar de una mujer
sin saber cuidarte á ti!

ESCENA IX.

JUAN, LUISA, *que sale de su habitacion.*

- LUISA. Señor viajero, dispensad si trato
tal vez de interrumpiros, en mal hora.
- JUAN. Nada de eso, jamás placer tan grato
como el de veros recibí, señora.
- LUISA. Sois galante en extremo, caballero.
- JUAN. Y vos la reina sois de la belleza.
- LUISA. Yo os apreciara menos lisonjero
para poder hablaros con franqueza.
- JUAN. Aunque lisonja la verdad no sea,
de ella prescindo si ha de disgustaros.
Podeis, pues, revelarme vuestra idea,
señora, que yo estoy pronto á escucharos.
- LUISA. Yo estoy loca!....
- JUAN. (*Retrocediendo un poco*)
(Es verdad, no recordaba

que Julio me lo habia dicho ya.)

LUISA. Yo estoy loca..... de amor! Ardiente lava inflamando á mi pecho siempre está.
Mas ¡ay! que yo, cual tórtola afligida que pierde al dueño de su tierno amor, paso angustiada mi amorosa vida entre amantes suspiros de dolor.
Y él que amor y ventura me ofrecía, y me otorgó su nombre en el altar, y con mi amor dichoso se creía y queríame un trono levantar.
él, infiel, él ha sido el que ha faltado á la amorosa fé que me juró, y acaso, en otro amor encenagado, de mi amor inocente se olvidó.

JUAN. No así pávulo deis al sufrimiento, y esas locas quimeras desterrad.
(No sé que extrañas emociones siento, que me hacen el amor creer verdad.)

LUISA. Ah! qué decís! ¿Qué olvide de mi alma las heridas y olvide mi dolor?
Habeis acaso vos gozado en calma dulce placer de venturoso amor, y cuando más feliz os sospechabais y en el amor creiais con más fé, el sér aquel á quien amor le dabais con desprecios pagó vuestro querer?

Habeis amadó vos?

JUAN.

Nunca, señora,

en el amor, estúpido, creí;
mas tengo, sí, que arrepentirme ahora
porque os adoro á vos desde que os ví.

LUISA.

(Con gravedad.)

Caballero, olvidais que estoy casada?

JUAN.

Esa loca manía desechad,

y ved que está mi alma enamorada
y espera vuestro amor con ansiedad.

LUISA.

Vuestras frases ofenden mis oidos
castos como un ensueño virginal,
y son dardos que vienen corrompidos
á cebarse en mi seno angelical.

De otro modo os juzgara, caballero,
cuando vine á pedir os proteccion,
mas esa proteccion ya no la quiero
si ha de darla un malvado corazon.

Tal vez juzgasteis al oír mis cuitas
que porque infame un hombre me olvidó,
siguiendo vuestras máximas malditas,
en vuestros brazos me arrojara yo?

Juzgasteis mal; me sobra mucho orgullo,
y mi honra y mi pureza tales son,
que antes que adormecerme á vuestro arrullo
me arrancára del pecho el corazon.

JUAN.

Señora, no trateis mi sentimiento

- de estúpida y de loca liviandad:
amor cándido y puro por vos siento;
esto os dije, señora, y..... es verdad.
- LUISA. Imprudente: volveis á repetirlo?
- JUAN. Y cien veces y mil os lo diré.
Amor que causa goces al sentirlo,
nunca á mi amada oculto lo tendré.
- LUISA. Y me llama su amada!.... Desatino!
- JUAN. Sí, porque sois el alma de mi amor.
- LUISA. Ah, cerrad vuestro labio, libertino,
que ofendeis mi recato y mi pudor.
- JUAN. Nó, yo no callaré, señora, en tanto
que salga de esos labios de coral
una palabra para hacer mi encanto,
ó por desgracia para hacer mi mal.
- LUISA. Harta paciencia para oiros tengo.
- JUAN. Harto espera tambien mi corazon.
- LUISA. Ved que á satisfacer nunca me avengo
vuestra loca y absurda pretension,
- JUAN. No así mateis mis bellas ilusiones,
y apiadaos, señora, de mi amor.
- LUISA. Dispensad; vuestras locas intenciones
hacen que me retire.
(Marchando á su habitacion.)
- JUAN. *(Detrás de ella.)*
Por favor.
Oh, no me abandoneis, señora mia.

- LUISA. Ya es demasiada vuestra terquedad.
(*Yá en la puerta de su cuarto.*)
- JUAN. (*Apasionadamente.*)
Ah, nó, nó! reparad que mi alma ansía
el triunfo del amor. Piedad! piedad!
(*Cae de rodillas.—Luisa desaparece.*)

ESCENA X.

JUAN, todavía de rodillas.—JULIO.

- JULIO. Juan! Qué estas haciendo ahí?
- JUAN. Eres tú, Julio? Me alegro. (*Levantándose.*)
Necesito que trabajes
en mi favor con empeño.
Tu hermana me ha enamorado.
- JULIO. (*Pues señor, estamos frescos*)
- JUAN. Me ha enamorado de veras,
pero no he encontrado medio
de hallarla blanda á mis súplicas
ni compasiva á mis ruegos.
- JULIO. Pero, Juan, tú estás demente.
Olvidas que hace un momento
te dije que Luisa estaba
monomaniaca en extremo?
- JUAN. No, Julio, y por eso mismo
fácil mi victoria creo
si tú me ayudas un poco



en el plan que me he propuesto.
Luisa, está loca..... de amor,
y no conoce al objeto
de su cariño; pues bien,
á su vista me presento
romántico como ella,
y como ella en extremo
enamorado; nos echan
la bendicion..... y *laus-deo*.

JULIO. Qué atajo de disparates
estás, amigo, diciendo?
Que eso es imposible, mira,
y consentirlo no puedo.

JUAN. Que és imposible? Y por qué?

JULIO. Porque ella tiene el cerebro
descompuesto, y tú no estás
tampoco en tu juicio recto.

JUAN. Al contrario, Julio, yo
que la hermosura apetezco
de tu hermana, y su locura
curar quiero al mismo tiempo,
he adoptado este sistema
como el remedio mas cierto,
pues dando amor á quien ama
vé cumplido su deseo.
Con que así, no seas tonto,
ayúdame, y te prometo

- que pondrás con mi ventura
á su locura remedio.
- JULIO.** (Dios mio, nunca me he visto
metido en mayor enredo!)
- JUAN.** Qué, Julio, no me contestas?
- JULIO.** Es absurdo tu proyecto.
- JUAN.** Cómo absurdo! Por mi vida,
Julio, lo que estoy temiendo
es que te niegas á hacer
mi ventura y su contento.
- JULIO.** No tal; pero es imposible.
- JUAN.** Vamos, Julio, no seas memo.
Crees acaso que yo,
al prestar mi juramento
de amor y fidelidad
á tu hermana, vaya necio
á despreciarla despues
que mi esposa la haya hecho?
Yo te juro que á mi lado
encontrará amor eterno,
y sus menores caprichos
verá siempre satisfechos.
- JULIO.** Vamos, no caviles más,
que no es eso, Juan, no es eso.
(Pues apenas ha tomado
la cosa con poco fuego!)
- JUAN.** Pues qué es?

JULIO. Luisa está casada
de veras.

JUAN. Eh, véte al cuerno,
y deja de tonterías
que para nada queremos.

JULIO. Que está casada te digo.
No te fías de mí?... Bueno.

(Toca un timbre que habrá en el velador.)

Ahora te dirá Ramon
si lo que te digo es cierto.

ESCENA XI.

DICHOS. — RAMON.

RAMON. Llamaba usted, señorito?

JULIO. Sí; díle á mi amigo Juan,
si es verdad que está casada
la señora ó no lo está.

RAMON. La señora..... yo marido
no le conocí jamás.

JULIO. *(Esto solo me faltaba.)*

RAMON. *(Creo que no quedará
descontento; su mandato
lo cumpló á su voluntad.)*

JUAN. Vés, Julio? nada te sirve
á tu criado pagar,
que él por nada de este mundo

deja de decir verdad.

JULIO. Ramon no sabe, sin duda,
lo que diciéndose está,
que á saberlo, de otra suerte
te podria contestar.
En fin, esto se vá haciendo
insufrible por demás,
y pues no hay otro remedio
yo aclararé la verdad.
Luisa, Luisa! (*Llamando.*)
(*A Juan.*) Ahora veremos
si te convence el mirar
la prueba mayor que tengo
contra tu duda tenaz.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y LUISA.

LUISA. Me llamas, esposo?

JULIO. Sí.

(*Quedas ahora convencido?*) (*A Juan.*)

JUAN. (Conque tú eras el marido...) (*A Julio.*)

LUISA. Qué enredo es el que hay aquí?

JULIO. Llegó el tiempo de aclarar
misterios que aquí han pasado
y que yo habia embrollado
tu burla por evitar.

Luisa, que su amor sin tasa
me ha consagrado, á fé mia,
por darse á la poesía
abandonaba su casa.
Ese carácter que á mí
ridículo se me hacía
yo juzgué que te se haría
aun mas ridículo á tí.
Así, la carta al leer
que me anunció tu venida,
me ocurrió, Juan, enseguida
ocultarte á mi mujer,
como tal mujer, y hacerte
ver que Luisa era mi hermana
y estaba loca.

LUISA. (¡Oh, liviana
suposicion!)

JULIO. Convencerte
pude al fin, y yo he logrado
que en vez de ser bueno el plan
que había trazado, Juan,
me haya salido endiablado.
A qué lo demás decirte
si ya sabes lo demás?

JUAN. Idea de Satanás! (*Riendo.*)

JULIO. Juan, haces bien en reírte.
Confieso que un nécio fui

en ocultar la verdad.
Mas hoy, una necesidad
no la hace cualquiera?

LUISA.

Sí.

Yo, Julio, que por hacer
poética mi ilusion,
olvidé la obligacion
que contrae una mujer.
Yo más nécia todavía
que tú, pues que causa he sido
del enojo del marido
con mi estúpida manía.
Mas te ofrezco, por mi fé,
no darte más sinsabores,
y ocupada en las labores
de casa siempre estaré.

JULIO.

Oh, gracias, cielo divino,
pues mi súplica atendiendo
estás á mi esposa haciendo
adivinar su destino.

JUAN.

Y yo, señora, perdon
os pido, si, enamorado,
pude, estando equivocado,
declararos mi pasión.
Y tú que gozando estás *(A Julio)*
dicha y ventura completa.....
(Saca un papel del bolsillo.)

- JULIO.** ¡Eh, guarda esa papeleta.
Ya sé lo que á decir vás.
- JUAN.** Dispensa si te recuerdo
la deuda que has contraído.
- JULIO.** Ya, Juan, ya te he comprendido;
bueno, yo la apuesta pierdo.
- JUAN.** Principio á cobrarme: hoy
en la fonda comeremos.
Iremos todos, eh?
- JULIO.** Iremos.
Lo que hagas por hecho doy.
- JUAN.** Pues, Ramon, ya estás andando,
á la fonda de París:
pero has de hacerlo en un tris.
- RAMON.** Ah, si, señor, voy volandó.
(Vdse por la puerta del fondo.)
- JULIO.** Nunca con gusto mayor
una deuda habré pagado
como esta, que me ha lanzado
en los brazos del amor.
Si ya el romántico humor
se aleja de mi mujer
y me ofrece dar placer
á su doméstico hogar,
cuando voy tanto á ganar
me importará algo perder?



ÍNDICE.

	<u>PÁGINAS.</u>
DEDICATORIA.	5
PRÓLOGO.	7
A Numancia.—Himno.	13
En la pradera, al amanecer.—A Hermínia.	16
El último suspiro de un ruiseñor.	19
El día 1.º del mes de Marzo.—A mi querida madre.	21
A la memoria de mi querido amigo el joven capitán D. Juan Pedro Ibarra, muerto desgraciadamente en la campaña de Santo Domingo.	26
A una coqueta.	29
Las dos jorobas.	30
Serenata.	31
A una rosa.	33
Epigrama.	33
Las visitas de etiqueta.	37
Letrilla.	40
Otra.	42
El flaco de mi vida.	44
Del paraíso al mundo.	48
Cantares.	53
A una coqueta que quiso burlarme.	55
El hombre y la mujer.	56
La única realidad.	60

A ella.	64
En la muerte de Ventura de la Vega. . .	68
Oriental.	70
Pensamientos.	74
Al Hado.	75
Tú y yo.	78
Ellas y nosotros.	79
La virtud y el vicio.—Fábula.	80
En el cumpleaños de mi querida madre. .	82
Un sueño.	83
El criminal y su conciencia.	84
Soneto.	85
A Fermína, niña de tres años.	86
A la prematura muerte de mi querida ami- ga la Señorita Doña Amalia Peña. . . .	88
La caridad.	90
A P.	93
La flor y la mariposa.	94
A mi querido tío Pedro, con el triste moti- vo de la temprana muerte de su esposa Doña María Magdalena Cosmelly de Monteverde.	95
A Emilia.—Despedida.	99
A Angelita.	101
A una flor deshojada.	107
A	110
A la Señora Doña Refugio Banderas, la Se- ñorita Doña Josefa de Lavcaga y al se- ñor D. José Carrascosa.—Despedida. . .	115
¿Por qué te conocí?	118
Momentos desesperados.	120



A un abanico.	127
Mi corazón y yo.	130
Al Sr. D. Antonio José Caracuel, la señora D. ^a Josefa Serrano y sus hijas Eloisa y Leonor.—Despedida.	134
— En la inauguración de la Sociedad científico-artístico literaria, titulada <i>Ilustración Numantina</i>	138
— Himno, cantado en el teatro de Soria al inaugurar sus tareas la Sección artística de la <i>Ilustración Numantina</i>	142
A la memoria de mi padre.	146
A la luna.—En la ausencia de mi amada.	153
A una lámpara.	157
Las cuatro estaciones.—A la mujer.	162
Percances del amor.	165
Epigrama.	166
A Célia.	167
Mi dolor.	168
Mi porqué.	169
Epigrama.	170
Más cantares.	171
Perder y ganará un tiempo.—Juguete cómico en un acto	175

LISTA DE SUSCRITORES.

Sr. D. Domingo Izquierdo.
Emilio Roldan.
Vicente Alvarez.
Conrado Maestre.
Diego Azpeitia.
Clemente Sancho Lezcano.
Vicente de Miguel Blasco.
Elias Verde.
Isidro Martinez de Toro.
Francisco de Paula Abad.
Juan Ramonacho.
Mariano Junyer.
Ecequiel Tejero.
Enrique Llasera.
Andrés Torralba.
Lorenzo Amézua.
Casto Olano.
Nicasio Martialay.
Darío García de Leaniz.
José Parera.
Félix Martialay.
Zacarías Benito Rodriguez.
Justo Salaverri.
Pedro de Mingo Muñoz.
Juan Zozaya.
Inocente Montalvo.
Cristóbal Lopez.

Sr. D. Enrique Gonzalez.

José Moreno.

Pedro Gonzalez Lopez Montenegro.

José Castellví y Pujols.

Felipe Campos.

Alejandro Izquierdo.

Enrique Rueda.

Fernando Velaz.

Manuel Sanz.

Cecilio Granada.

Manuel Oncins.

Antonio José Caracuel, *por 4 ejemplares.*

Damian Balsa.

Prudencio Sebastian.

Gabino Oncins.

Antonio Maria Piñar.

Pedro Martinez.

Andrés Camana,

Manuel Toledo.

Narciso Diez de Isla.

Joaquin Azagra.

Domingo Martinez García.

Santiago Rebollar.

Vicente Herrero.

José Castellvi y Catalá.

Paulino Mateo.

Gerardo Muñoz.

Serapio de Miguel.

Julian Ortega.

Federico Villa.

Roman de la Orden.

Ilustracion Numantina.

Sr. D. Santiago Castellanos.

Sr. D. Manuel Delgado.
José Lopez Ortega.
Patricio Peñalver.
Víctor Sanchez.
Bonifacio Sanz de Pablo.
José Rodrigo Taracena.
Cándido Carretero.
José Fernandez de Villavicencio.
Sixto García.
Mauricio García, *por 4 ejemplares.*
Anastasio Vindel,
Pablo Gainza.
Santos Serrano.
Benito Herrero.
Martín Verde.
Vicente Galban.
Miguel Bravo.
Pablo Palacios.
Juan Martínez Bueso.
Francisco Vallejo y Rúbio.
Leon Lobera.
Hilario Gomez.
Francisco Muñoz
Rafael Perez Santa Cruz.
Manuel Benito.
Joaquín Azpeitia.
Alfonso de la Torre.
Isidro Lopez, *por 2 ejemplares.*
Mariano Benito.
Faustino Brieva.
Pedro Antolin y Rojo.
Felipe Antolin y Rojo.
Cándido German.

Sr. D. Carlos Larrañaga, *por 6 ejemplares.*

Agustin Moreno, *por 3 ejemplares.*

Juan García Vinuesa.

José Perez Oñate.

Tomás Asensio.

Zacarías de la Orden.

Isidoro Sanchez.

Francisco Aguirre.

Luis Rueda.

Pedro Moreno.

Lorenzo Romero.

Basilio Chávarri.

Antonino Porto.

Lorenzo Gomez Toston.

Antonio Tovar

Mariano Hidalgo Arche.

Valentin Torrecilla.

Martin Poza.

Conrado Anton.

Antonio Escudero.

Casino de Numancia, *por 6 ejemplares.*

Sr. D. Manuel María Logroño.

Higinio Tolin.

Hermenegildo Martinez Bueso.

José Mora Azcon.

Ramon Sureda.

Emilio Carazo.

Federico de Olive.

Rafael García Morillo.

Pascual Martinez.

Agustin Beltran.

Manuel María Dix y Romero.

Miguel Moruve.

Sr. D. Francisco Vallduví.
José del Acebo.
Ricardo García Andoin.
Ramon Fernandez Toro.
Enrique Escribano.

Círculo de la Constancia, *por 3 ejemplares.*

Sr. D. José Santos Gamboa.
Luis Freart.
Luis Sanz.
Juan Esteban Baroja.
Felipe Rodriguez de Arellano.







SS
360-1
ERI
ens